

12
años
observando

Antología
de *Revista Enchiridion*



UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
DE QUERÉTARO



Revista digital

DOCE AÑOS OBSERVANDO

Antología de *Revista Enchiridion*

Coordinación

CUERPO CREATIVO ENCHIRIDION



Dra. Silvia Lorena Amaya Llano

RECTORA

Dra. Oliva Solís Hernández

SECRETARIA ACADÉMICA

Dr. José Salvador Arellano Rodríguez

DIRECTOR DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA

Mtro. Luis Mauricio Martínez Martínez

ENLACE DE PUBLICACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA

Lic. Diana Rodríguez Sánchez

DIRECTORA DEL FONDO EDITORIAL UNIVERSITARIO

Primera edición: 2026

D.R. © 2026 De las y los autores

D.R. © 2026 De las ilustraciones: Montserrat Alvarado Hernández

D.R. © 2026 Universidad Autónoma de Querétaro

Cerro de las Campanas s/n Centro Universitario

76010 Santiago de Querétaro, México

ISBN: 978-607-513-773-5



Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto, sujeta a una licencia Creative Commons (Atribución 4.0 Internacional, CC-BY-NC-SA), lo que significa que el texto puede ser compartido y distribuido, con propósitos no comerciales, siempre que el crédito sea otorgado a la(s) persona(s) autora(s).

La edición impresa de esta obra se logró gracias a la coedición con *Letra capital*, fondo editorial de la Secretaría de Cultura del Municipio de Querétaro en el 2025.

Índice

- 7 Supongamos que es la primera vez que escribo
- 9 Direccionando las miradas y los caminos
- 12 Sin ustedes... ¡imposible!
- 13 Logramos un libro sin morir en el intento



- 15 Volcanes de arena
SUSANA MALAGÓN
- 21 Los zapatos de mamá
ANÓNIMO
- 25 Naturaleza experimental
ANA LAURA BRAVO
- 31 El pájaro que se hizo músico
GUILLERMO PRECIADO
- 33 Fotogramas
CHRISTIAN NEFTALY PIEDRA BERCHELT
- 39 Marta: una historia más del milagro
BRUNO MUREDDU
- 45 Las Brujas de Aguacatlán
FRANCISCO HIPÓLITO ESTRADA
- 53 Antelina
ALBA MARÍA GONZÁLEZ LEAL
- 59 ¿Escuchas a lo lejos?
CHRYSTIAN ARTURO CORTÉS HERRERA
- 63 La reina de belleza
ANDREA PEREIRA
- 65 Los perros de Azarod
ABIEL JIMÉNEZ DELGADO
- 71 Sangre y arena
IVÁN MEDINA CASTRO
- 75 Cómo despedir a los invasores
EDUARDO OMAR HONEY ESCANDÓN
- 79 Ese monas nuevo
RUBÉN CANTOR
- 83 Semblanza de autores
- 86 Línea evolutiva de Revista Enchiridion

Supongamos que es la primera vez que escribo¹

No me queda tan mal el texto y pienso: lo mando a la convocatoria. ¡Total, igual y queda!

Así es como se ha nutrido la *Revista Enchiridion* desde el 2013, año en que surgió el primer número, anunciándose como: “Una iniciativa estudiantil de los distintos programas que conforman la Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Querétaro”. Y, a pesar de los años, vemos importante seguir mencionándolo con orgullo en cada presentación: es la única revista de divulgación cultural de la universidad, en formato impreso, hecha por y para estudiantes.

Se han acumulado doce años de trabajo y veintitrés ediciones semestrales marcadas por distintas épocas, liderazgos y equipos de las más diversas visiones y formaciones académicas. Toda esta historia es lo que hace que nuestra revista sea lo que es: una multitud de voces que siguen resonando. El equipo actual recibió la invitación por parte de *Letra capital*, fondo editorial de la Secretaría de Cultura del Municipio de Querétaro, para coeditar un libro en conmemoración de este logro.

Nos propusieron enfocarnos en la categoría de Cuento porque la prosa ficcional ofrece una mirada panorámica de los sentires que convergen y caracterizan a cada generación: temáticas, posturas, preocupaciones, y todo lo escrito al respecto. La selección que aquí presentamos es una muestra del talento de la juventud queretana y de otras latitudes. La mayoría alguna vez

¹ Verso del poema “Fragmentos de ‘Las cosas, las criaturas y los días’” de David Chavero, publicado en *Revista Enchiridion* núm. 2, mayo 2014.

fueron estudiantes universitarios que escribían, se animaron a someterse a un dictamen (porque somos, al final, una revista profesional), y lograron el visto bueno para publicar sus obras. Con sorpresa, en esta revisión de nuestros archivos, encontramos nombres que hoy despuntan en el quehacer literario o en la vida académica local, regional y nacional.

Hubiéramos querido elegir a más, ¡todas y todos merecen estar aquí!, pero el espacio es concreto. Aun así, no queremos dejar de mencionar al cuento *El nieto*, de Jorge Arturo Reyes Pérez, pues inauguró la categoría en la primera edición de la revista.

Este libro no sólo les pertenece a todas y todos los autores publicados, también es de quienes colaboraron en las otras secciones a lo largo de estos doce años: Poesía, Ensayo, En el aula y Gráfica, ¡no dejen de escribir! A los diversos equipos creativos que han formado la revista y a las autoridades académicas que confían y otorgan presupuesto para su mantenimiento e impresión año tras año, gracias totales.

Finalmente, queremos agradecer a los lectores, porque su lectura es nuestro objetivo y su insistencia en buscar y consumir cada edición provocó, como diría el poeta Tadeus Argüello, que de *los años que se acumulan en la computadora*,² surgiera esta merecida edición.

2. *Nunca indiferencia hacia la diferencia:
somos suma, jamás resta.*

MANIFIESTO ENCHIRIDION

² Verso del poema “Parklife”, publicado en la *Revista Enchiridion* núm. 1, enero-junio 2013.

Direccionando las miradas y los caminos

Mantener el ojo abierto...

Comenzar siempre es complicado, y hacerlo en el momento preciso, más. Formar parte del inicio de algo, y reparar en su evolución años después, puede resultar inquietante; pero también emocionante. Cuando surgió *Enchiridion*, los compañeros que la fundamos (todos estudiantes de la licenciatura en Filosofía de la generación 2010-2014) no imaginábamos que ese proyecto que nació como un medio para compartir trabajos académicos y expresiones literarias (y para realizar prácticas profesionales) perduraría a través de las generaciones. Tampoco pensamos que por sus páginas se pasearían escritores que, a la larga, desarrollarían una trayectoria académica y literaria tan prolífica. Esto, sin duda, muestra que el trabajo colectivo trasciende y perpetúa el conocimiento y el arte.

Me emociona formar parte de la edición de este libro que homenajea los 12 años de nuestra revista, la cual continúa manifestando diversas voces y exponiendo el quehacer académico y literario de la comunidad estudiantil de esta y otras universidades. Advierto al lector que no podrá evitar mantener el ojo abierto a través de esta selección de cuentos, incluso cuando le invada el temor de quedarse ciego.

¡Buen viaje y larga vida a *Enchiridion*!

DAVID GUSTAVO CHAVERO
CO-FUNDADOR Y CUERPO CREATIVO
2013-2014... Y REGRESÓ EN EL 2024

Siempre en colectivo

Los espacios conmemorativos son proclives a enumerar logros, pues en celebración rescatamos los destellos. Sin embargo, la trayectoria de este proyecto ha tenido más encrucijadas de las que aparenta. Cuando formé parte, llegamos a derrapar inevitablemente hacia el precipicio de la inactividad, pero respondimos con lucidez. ¿Qué hicimos para revivir *Enchiridion* cuando el taller donde se le daba forma parecía desaparecer? Abrimos el Cuerpo Creativo más allá de la Facultad de Filosofía, insistimos en dotar de una infraestructura al equipo, replanteamos la participación de ilustradores y fotógrafos, ¡y hasta aprendimos a maquetar! Frente al cambio generacional, decidimos formar antes de eternizarnos, pues cada semestre significaba relevos en el equipo.

Fundamental fue asentar qué era lo queríamos, y desde dónde nos concebíamos. Tal vez un lugar común de cualquier publicación sea el manifiesto, pero esa filosofía fue nuestra brújula. No reculamos frente a la mirada elitista que nos enclaustraba en el papel serio (¡muy serio!) de las revistas literarias. En la lucha por la horizontalidad nos valíamos de todo: memes, conciertos, video bitácoras...

Para todos, sólo queda recordarles que sean “una masa amorfa que se quiere”. Y para quienes cargan y alimentan *Enchiridion*, sigan “siempre en colectivo, así nomás, porque no hay de otra”

DANTE ALEJANDRO ROMERO GIL

COORDINADOR Y CUERPO CREATIVO

2017-2021... Y REGRESÓ DEL 2023 AL 2024

Sin flaquear

La labor principal de *Enchiridion*, desde mi perspectiva, siempre ha sido formar escritores, diseñadores, ilustradores y editores, concatenando los esfuerzos de cada estudiante en un proyecto que cuenta con el entusiasmo de sus participantes y el impulso institucional (además de los desafíos) de trasladar todo esto a un medio físico.

Cuando tenía diecisiete años y empecé a formarme en la labor del diseño editorial, nunca imaginé que tendría la oportunidad de guiar, a ocho manos, la confección de una publicación durante cuatro años. Este espacio/proceso me vio crecer, cambiar y reconfigurar, desde las nociones más evidentes (lo logístico y lo curatorial), hasta los aspectos más profundos de mi identidad. Y todo fue, siempre, con el permiso expreso de resbalar y equivocarnos; incluso en un contexto donde el cuidado y la paciencia de nuestros pares y mentores no siempre es un dado.

A través de estas páginas confluye una generación de creadores dispuestos a derogar las estructuras tradicionales, los vicios inherentes y el tono solemne al que muchos de nuestros contemporáneos aspiran (los lectores más entendidos disenterán enérgicamente), sin permitir que la holgura y el *finesse* de su expresión flaqueé ni por un segundo.

NICOLÁS REYES ALEGRE PACHECO
COORDINADOR Y CUERPO CREATIVO
2018-2022



Sin ustedes... ¡imposible!

A todas las personas que formaron parte de los distintos equipos y épocas de la revista, ¡gracias! Esperamos no haber omitido ningún nombre:

David G. Chavero Sánchez, Moisés González Villareal, Carlos A. Silva Com, Luis Carlos Velázquez, José Mario Melchor, Kevin Quinto Gómez, María Dorantes Montes, José Mario Melchor González, Andrea Goñi Durán, Pamela Ortiz Trevilla, Karla Ivette Torres Ortiz, María José Vázquez Moreno, Jorge Rodríguez Olvera, Luis Carlos Velázquez Cortés, Eduardo Martínez Palomera Baez, Emanuel Acuña Galván, Javier Noriega Ortega, Pedro Dávila Rodríguez, Alba María González Leal, José Miguel Dávila Leal, Raúl Vázquez Cerda, Iván Rodrigo García Saavedra, Luis Fernando Villegas García, Rafael Escamilla Hernández, Ana Karina Pedrero, Daniel Perlín Vega, Pablo Cárdenas Puebla, Dante Alejandro Romero Gil, Leonor Licea Pérez, Rodrigo Fabián Rivera Vega, Juan Armando Sánchez Mendoza, Karina Vargas Vega, Pablo Moya Sánchez, R. León Cienfuegos, Tania Delgado, Shantal Lizbeth Flores Ábrego, Nicolás Reyes Alegre Pacheco, Estefanía Cortés Guerra, Luis Fernando Morales Santillán, Diana Vianey Arreola Ocampo, Jesús Esteban Reynosa Díaz, Amaranta Gálvez Rigonni, Frida Malpica García, Daniela Puente Howell, Esteban Reynosa Díaz, Bruno Mureddu, Alicia Rodríguez, Ana D. Mendoza Cruz, Carlos De Eguiluz, Fernanda Ortiz, Luis Eduardo Silva, Samara Cruz Escorza, Gisella Cordero, Cecilia Martínez Puga, Andrea Itzel Pelagio, Aranza Izamar Rendón, José Arturo Mora, Alondra García, María Fernanda Lara Salinas, Miguel Ángel Hernández Zapote, Emilio Rodolfo Aldana Contreras, Eréndira Márquez Castillo, Salma González Saens, César Pascual Marcial, Mariana López Durand, Citlali Ayala Galván, Benjamin Baruc López Islas, Origami Estudio, Tlapalan Galería, Colectivo Cuerpo Rupestre.

Logramos un libro sin morir en el intento

Camila Yolotzin Carbajal Fabila

ASISTENTE EDITORIAL

Mahalia Ayala Galaz

David Gustavo Chavero Sánchez

Joshua Alejandro Galván Trujillo

José Agustín Nieto Hernández

SELECCIÓN DE TEXTOS

Emiliano Uribe Aguilar

CORRECCIÓN DE ESTILO

Mariana Esperanza Gallegos Solís

DISEÑO DE PORTADA

Montserrat Alvarado Hernández

ILUSTRACIONES DE CUENTOS

Elsa Denisse Hernández Díaz

DISEÑO EDITORIAL Y MAQUETACIÓN

Luis Mauricio Martínez Martínez

COORDINACIÓN GENERAL

Antología
de *Revista Enchiridion*



Volcanes de arena

SUSANA MALAGÓN
FACULTAD DE LENGUAS Y LETRAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

*Nadie nos dijo que una duda
pesa más que un cuerpo.*

MERCEDES ALVARADO, *Nombres propios*.

Cuando Ely tenía diez años y yo ocho, comenzamos a ver fantasmas. La abuela había muerto. Dos semanas después, Ely me despertó a medianoche porque la había visto sentada en la silla de mimbre del patio. Yo le dije que no era cierto, que los fantasmas no existían. Y después fingí que volvía a dormir porque, en realidad, me daba miedo que la abuela se me fuera a aparecer también a mí. A partir de entonces anduve día y noche con el miedo a cuestras. En cambio, ella estaba tranquila. Se asomaba por la ventana y se preguntaba si quien pasaba frente a nuestra casa estaba muerto o no. Apuntaba con el dedo cuando, según ella, aparecía uno; yo me tapaba fuertemente los ojos con las manos. Hasta que una noche, por el sueño y las ganas de ir al baño, el miedo se me olvidó y vi a la abuela. Estaba en el patio, sentada en su silla favorita, tan delgada bajo ese vestido azul marino que siempre usaba para los bautizos y las bodas.

Ella me miró y me dijo con voz temblorosa, como si aún pudiera sentir el dolor de los huesos, que sus flores se estaban muriendo. A pesar de las fracturas que no habían sanado bien, ella solía levantarse de la cama para calmarle la sed a sus plantas. Así fue hasta que una mañana el aroma de la tierra húmeda no nos despertó más. Después del funeral, habíamos dejado las flores en el olvido, así como lo habíamos hecho con la abuela. Creo que ella había regresado para, al menos, acompañarlas en su muerte. La culpa me hizo un agujero en el estómago y, para intentar cerrarlo, comencé a regar las plantas cada mañana, antes de que mamá nos llevara a la escuela. Ely, sin preguntar ni decir nada, tomó un día también una regadera y me ayudó a quitarles la tris-

teza a las flores. Cuando las malvas levantaron sus pétalos al cielo, la abuela dejó de aparecer. Ely dijo que a lo mejor estaba esperando a que la dejaran entrar al cielo. No le dije que en realidad se había ido porque sus flores estaban felices de nuevo y porque ahora nosotras las estábamos cuidando.

La abuela se había ido, pero nos había dejado el lente de la muerte. Ely siguió con su juego de adivinar si quien se cruzaba frente a ella estaba muerto o no; y yo me uní, a pesar de que los aparecidos seguían dándome miedo, porque me gustaba pasar tiempo con mi hermana. A veces nos resultaba sencillo adivinar, sobre todo cuando tenían el cerebro escurriéndoles por la nuca o la ropa enterrada y arrebolada. Acertar se volvió más fácil cuando las noticias comenzaron a hablar de una guerra.

Papá decía que en nuestra ciudad no pasaba nada, que la gente calcinada, las mujeres con las gargantas manando sangre, los hombres decapitados estaban en otro lado. Pero Ely y yo los veíamos caminar por las calles. La guerra no podía estar en otro lado si los muertos estaban aquí. Yo hubiera querido quitarme el lente de la muerte de los ojos. A Ely parecía no molestarle.

—Si fueras un fantasma, ¿qué te gustaría hacer? —me preguntó mi hermana en el recreo, mientras jugábamos en el arenero.

—Yo no quiero ser un fantasma, Ely, porque esas personas murieron de una manera fea y ahora andan por ahí igual a como se murieron, como esa chica que vimos en la mañana, la de la cara quemada.

—Pero qué tal que mueres bien.

—¿Cómo se muere bien? —le pregunté.

—Nada más cierras los ojos, igual a quedarse dormida, como la abuela.

—Pero ella siempre decía que le dolían mucho los huesos.

—Sí, pero en el momento de su muerte no se daba cuenta porque estaba soñando.

Quería decirle que a la abuela el dolor se le había quedado grabado en el rostro, que incluso en la muerte parecía acompañarla. Pero no quise seguir hablando, y mejor seguí empujando la arena hasta formar un volcán. Ely fue a arrancarle pétalos a la buganvilia para adornarlo. Cuando volvió, me dijo que si ella fuera un fantasma ya no iría a la escuela, que podría jugar

todo el día en los areneros y, como nadie la podría ver, no la regañarían por pasársela jugando.

—Sólo tú sí podrías verme, y yo a ti, en caso de que tú te convirtieras en un fantasma —añadió.

—Pero yo no quiero que seamos fantasmas porque tendríamos que morir.

—Todo el mundo se muere, Moni.

Sí, todo el mundo se muere, pero lo peor para mí era la manera de hacerlo. No quería que papá terminara como esos hombres que colgaban de los puentes, o que mamá, Ely y yo termináramos como esas mujeres que se encontraban a orillas de una carretera, con los rostros irreconocibles de tan violetas que estaban. Una vez intenté cruzar el puente de madera del castillo que el salón de fiestas tenía. Fue en el décimo cumpleaños de Ely. Ella llegó y me ayudó a cruzar porque la altura me había paralizado. Morir era atravesar ese puente y quedarte con el vértigo; morir es que ese alguien que te ayudó a cruzar no lo pueda hacer más.

A mi hermana y a mí nos gustaba jugar en el parque que estaba a dos cuadras de nuestra casa. Había un arenero y nos encantaba construir volcanes y alhajarlos con tezontle y pétalos de buganvilla. Al final, mirábamos lo que habíamos creado, para segundos después destruirlo a patadas y a manotazos. Agarrábamos puñados de arena y los arrojábamos a los costados. Gritábamos, reíamos. Había una especie de alivio en ese construir y destruir. Una tarde de abril, en vacaciones, construí uno yo sola y lo decoré con flores de jacaranda. Justo cuando había terminado, Ely llegó y no me permitió contemplarlo por más tiempo porque empezó a patearlo; la empujé y le grité que por qué lo había hecho, que no quería seguir siendo su hermana. Ella también se enojó y me empujó. Tropecé fuera del arenero. Le grité que la odiaba, me gritó lo mismo y siguió pateando la arena. Regresé a casa y me encerré en mi cuarto.

Más tarde, mamá entró y me preguntó dónde estaba Ely. Le dije que probablemente seguía en el parque. Ambas fuimos a buscarla. No estaba en ningún lado, en el arenero sólo estaban las pequeñas dunas con flores. La rabia me volvió a calentar la cabeza y le dije a mamá que de seguro se había ido a casa de la señora Alicia, a andar de metiche. Pero tampoco estaba con ella.

Cuando volvimos a casa, papá había llegado y estaba molesto porque mamá se había olvidado de preparar la cena. Se le pasó cuando le explicó que Ely no aparecía. Papá le dijo que seguro andaba por allí, pero para tranquilizarla salieron en el auto a buscarla. A mí me dejaron en casa, por si aparecía.

Cuando volvieron, casi a la medianoche, papá tenía la angustia dibujada en el rostro. Ambos me regañaron porque la había dejado sola, que siempre debíamos estar juntas, que nos teníamos que cuidar. Y me enojé más, seguro Ely no aparecía para llamar la atención, para que me regañaran. Comenzaron a decir que estaba desaparecida. Yo no sabía por qué desaparecían a las personas, pero sabía que era algo malo. El enojo se me pasó y también se me dibujó la angustia en la cara.

En ese cumpleaños cuando Ely me ayudó a cruzar el puente, papá le había tomado unas fotos. Una de ellas acompañó la descripción de las facciones que a nadie le decían nada más que a nosotros: el cabello castaño y lacio que heredó de la abuela, los mismos ojos color obsidiana de mamá, la cicatriz en la mejilla que le hizo aquel gatito callejero al que había intentado darle de comer, pero por el miedo y el frío la arañó. Desapareció un 6 de abril del 2008 y llevaba su uniforme de la escuela, el que mamá había comprado con un préstamo porque no le había alcanzado para comprar dos. La vida de Ely se volvió una hoja de papel que pegamos en las calles y en el corcho de las oficinas de la fiscalía. Papá siempre colocaba un afiche nuevo para evitar que el rostro de mi hermana quedara sepultado bajo las fotos de personas cuyas vidas también se habían vuelto un simple papel, y mamá arrancaba los carteles de mascotas perdidas cuando tapaban el de Ely. No querían que desapareciera por segunda vez.

En noviembre, le pedí a mamá que colocáramos una foto de Ely en el altar. Ella me gritó que su hija no estaba muerta y se encerró en su cuarto a llorar. Papá no dijo nada. A pesar de que las expresiones de mis padres se arrugaban cada vez más por el cansancio y la tristeza, ellos tenían la esperanza de encontrarla con vida. Que las personas desaparecieran era malo, porque a la mayoría las encontraban muertas en baldíos o en desiertos donde los asesinos habían cavado agujeros y arrojado los cadáveres. Quizás estuviera en alguno de esos. Con su imagen en el altar, quizás la luz de la

vela podría ayudarla a salir del desierto, volver a casa y decirnos exactamente en qué agujero estaba su cuerpo. Deshojé las flores de cempasúchil para que el perfume atrajera a mi hermana.

En Día de Muertos permanecía despierta hasta tarde, ansiosa, como si fuera un 5 de enero, esperando verla entrar por la puerta. Sólo llegaban mis abuelos y otros muertos que no conocía. Comían del altar, pero los chocolates que le dejaba a escondidas de mamá siempre amanecían sin desenvolver. Luego de ello me seguí desvelando, esperando ver a mi hermana sentarse en la silla de mimbre. Quizás la habían enterrado lejos y aún no salía del desierto.

Las plantas de la abuela se me murieron. Quitó las malvas marchitas y le pedí a mamá que comprara macetas con flores de muerto. Así el perfume estaría presente en la casa y Ely no perdería el rastro. Pero nunca pude mantenerlas con vida, por más que las cuidé. Noviembre tras noviembre compraba flores de cempasúchil y las plantaba, mientras les rogaba que por favor no se murieran tan pronto. La mujer de la florería me dijo que a ese paso me iba a terminar sus flores.

—Tengo derecho a terminármelas, me quitaron a mi hermana —le contesté.

—Pues muchos también han perdido a alguien. Si sigues así, me vas a dejar sin nada para vender.

Salí mientras le mentaba la madre en un susurro. Pero tenía razón. Cada vez había más muertos. Seguro ni arriba ni abajo cabían ya, porque aquí, entre tanto pinche fantasma, se volvía difícil caminar.

Las flores se me seguían muriendo, y al año siguiente no pude conseguir más que un ramo enclenque que la señora de la florería me apartó sin que se lo hubiera pedido. Tal como ella dijo, el cempasúchil se estaba acabando. Regresaba a casa mientras pensaba que las flores que llevaba envueltas en periódico apenas olían, hasta que vi en el suelo unos pétalos amarillos. Los recogí para así llenar la casa con su aroma lo más posible; estos formaban una procesión que me llevó a un parque, hasta un arenero. Adentro había una niña sentada, deshojando corolas de flores de muerto. Llevaba un uniforme de escuela sucio y roto. Levantó la vista en cuanto me paré junto al arenero.

Apenas la pude reconocer bajo ese rostro manchado de violeta. Entré al arenero y me arrodillé junto a ella.

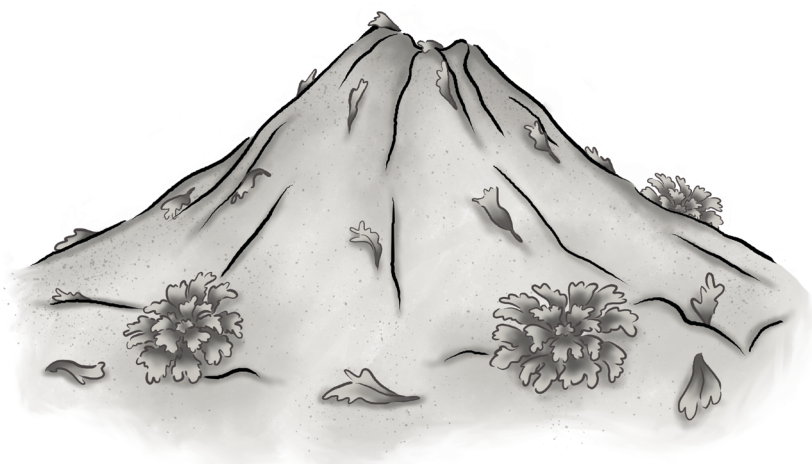
—¿Me perdonas por haber destruido tu volcán? —me dijo—. Hagamos uno nuevo, uno más bonito. Mira, aquí tengo más flores.

Juntamos nuestro montón de pétalos y lo dejamos caer en la arena que empujamos hasta formar un montículo que crecía cada vez más. Ely me pasó unos trozos de madera de color blanco. Terminamos nuestro volcán. Arrodilladas, lo contemplamos, después nos miramos y esa añeja complicidad nos brilló en los ojos. Comenzamos a darle manotazos, arrojábamos la arena a los costados, hasta que vi asomarse un pedazo de tela que se hacía más grande. Le quitaba la arena a puños al uniforme que mamá tanto se había esforzado en comprar; tomaba montones de arena, pétalos y huesos esparcidos que se sentían sumamente ligeros en mis manos.

Publicado originalmente en

Revista Enchiridion

núm. 21, julio – diciembre, 2024



Los zapatos de mamá

A PETICIÓN DEL AUTOR: ANÓNIMO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

Mi papá sólo tiene cuatro pares de zapatos: unos tenis, para cuando sale a pasear al perro; unos crocs, para estar en la casa; unos mocasines negros, para cuando usa traje; y otros cafés, para el día a día. Cada año, cuando salen las ofertas, lo acompaño a comprar el nuevo par de zapatos cafés cómodos que reemplazará al anterior.

Sesenta y cuatro pares de zapatos tiene mamá. Así somos las mujeres, simplemente no podemos vivir con cuatro pares. A diferencia de los hombres, no podemos usar el mismo vestido en los bautizos, graduaciones, bodas, funerales, etcétera. Ellos pueden reciclar el traje y los zapatos siempre; nosotras, no. Para cada ocasión hay una vestimenta particular, y para cada una de ellas, un par de zapatos.

No es que sea muy materialista y le dé mucha importancia a este tipo de cosas. Mi hermano menor suele decirme que lo material es carencia espiritual y no sé qué más, lo sacó de la canción final de un anime (“caricaturas chinas”, diría mi mamá). Yo no estoy de acuerdo con él en eso, nuestra memoria es mala y a veces necesitamos que nos recuerden las cosas para no olvidar, y los objetos son lugares en donde se deposita la memoria. Cualquier cosa lo es.

Limpiar el closet de mamá me ha traído muchos recuerdos. Por ejemplo, al ver los zapatos de cintas negros y plataforma, viene a mi memoria el día exacto en que los compramos. Mi mamá sería la madrina del hijo de una de sus amigas, así que buscamos unos zapatos que: 1) Combinaran con su vestido negro y azul. 2) Fueran altos, para que se viera estupenda ese día. 3) Al mismo tiempo debían ser cómodos, porque ser madrina no es fácil y

el día del bautizo se la pasaría de un lado para otro. 4) Debían ser también zapatos “de día”, porque hay zapatos negros y altos que sólo se pueden usar de noche. En realidad no entiendo muy bien que hace a unos zapatos “de día” o “de noche”, pero cuando uno ve a un par, simplemente sabe a qué categoría corresponden. En fin, encontrar unos que cumplieran con todos los requisitos no fue nada fácil, tuvimos que entrar a todas las tiendas de la plaza e incluso en algunas tuvimos que volver hasta tres veces. Al final valió la pena, éstos son de mis favoritos, es una lástima que yo calce del dos y medio y mi mamá del cuatro; entre nosotras nunca pudimos prestarnos los zapatos.

Cada par de zapatos contiene infinidad de historias. Los lila de plataforma mi madre se los puso en la boda de mi tía, recuerdo perfectamente que al día siguiente me puso a limpiar el vómito que les había caído. Nadie creyó que mi tía fuera a casarse a esa edad y que aparte lo hiciera teniendo hijos. Lo hizo, y nosotros lo celebramos. Y por celebrar, mi mamá entendió beber hasta vomitar; esa es una de las cosas que nunca me gustaron de ella.

Los zapatos altos color rosa mexicano sólo se los puso dos veces, como los compró en oferta le quedaban medio número más grandes y se le salían. Así somos, no importa que no necesitemos algo o no nos quede bien o que siquiera esté bonito, con que esté de oferta basta para querer comprarlo.

Los Fitness Step me dan mucha risa, son esos del comercial disque para bajar de peso. Siempre que pasaban el infomercial los domingos por la mañana mi mamá decía lo mucho que le ayudarían a bajar la lonja. Fue uno de sus novios el que le cumplió el deseo, a lo mejor a él tampoco le gustaba la lonja de mi mamá. Sobra decir que los tenis nunca funcionaron, como esa relación. Aun así, mi madre nunca los quiso tirar.

Las botas café largas me recuerdan a la primera Navidad tras el divorcio. No fueron las más alegres que digamos, pero seguro fue en la que hubo más regalos. Supongo que es lo que nos queda a los hijos de padres divorciados, a partir de que se va papá de casa comienzas a recibir el doble de todo. Doble regalo de cumpleaños. Doble regalo de graduación. Doble regalo de Navidad. No sólo se duplican los obsequios, por algunas temporadas incluso hay una especie de bonus que los triplica o cuadruplica: tras el divorcio

vienen las nuevas parejas que siempre quieren quedar bien contigo, y creen que con los regalos lo conseguirán.

Las chanclas naranjas me traen a la cabeza a otro de sus exs: ella las compró para tenerlas en casa de él para cuando se fuera a dormir ahí, o al menos esa fue su idea al comprarlas. Más tarde ese día terminaron y no volvió a dormir en esa casa. Él era un celoso y le armó un pleito porque otro hombre le había marcado a mi madre; fue su jefe, para preguntarle sobre alguna factura. No entiendo por qué habría de molestarle eso, pero así fue. A mi mamá, y eso sí que lo entiendo, le enojó mucho el reclamo y lo mandó directito a la chingada, y de paso se rajó sus chanclas junto con las demás cosas que tenía en la casa.

Sesenta y cuatro pares, mi vida. Ahora que ya no está debo encargarme de ellos. Es una lástima que no me queden. Aunque algunos ya están anticuados y gastados, espero que eso no impida que se vendan todos.

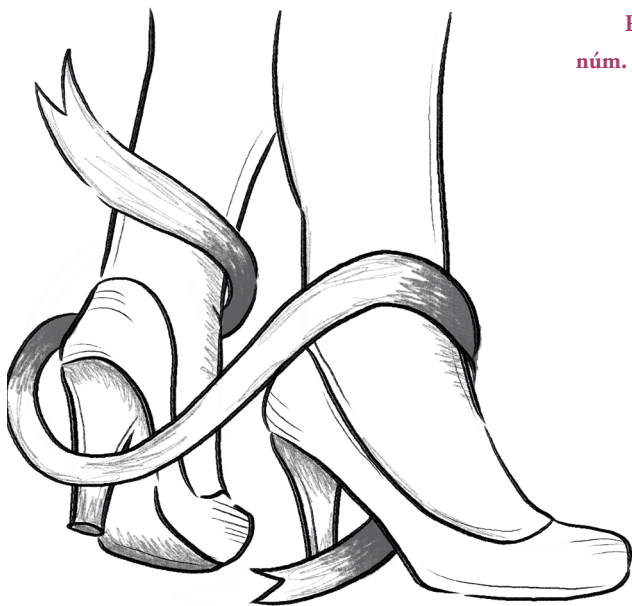
¿Cuánto por los lila de plataforma?

Se los dejo en cien si se lleva también los rosa.

Publicado originalmente en

Revista Enchiridion

núm. 7, noviembre, 2016



Naturaleza experimental

ANA LAURA BRAVO
FACULTAD DE LENGUAS Y LETRAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

Para su cumpleaños número dos quería regalarle un par de ojos. Los oídos podían esperar un año más, primero debía acostumbrarse a la estridencia de las imágenes. Quizá aprendería a diferenciar los colores y la forma de las nubes, pero lo que más deseaba era que su hijo pudiera reconocer su rostro. Sería como darle una llave de acceso a ese mundo que, desde su nacimiento, lo había obligado a vivir encerrado en sí mismo. Los brazos y las piernas vendrían después. Lo más urgente era que Remir pudiera verla.

La fecha se acercaba y los ojos artificiales seguían inconclusos. Había organizado una cena para el cumpleaños de Remir y había invitado a sus amigos con la promesa de presentarles a su hijo... Pero no estaría listo a tiempo. ¿Y si lo miraban con asco y lo rechazaban? Su propio padre lo había hecho.

Pasaba días enterrada bajo las sábanas, aplastada por el recuerdo del día que Remir nació. Las enfermeras la rondaban como fantasmas, sin intentar confortarla. Y esa mirada en los ojos amados... Todavía sentía el ritmo de sus pasos al acercarse y descubrir el rostro del bebé para después retroceder sobresaltado.

Creo que esas noches en el hospital le enseñaron a mezclar su llanto con el silencio. Por eso me costó descubrirla. En alguna ocasión, cuando fue a mi cuarto en la noche para cobijarme, desperté sin abrir los ojos y la escuché llorar muy quedito junto a mi cama. No entendía por qué. Era la persona más lista que conocía, ¿qué podría hacerla llorar?

La primera vez que lo vi era una niña pequeña. No sabía que era mi hermano, ni siquiera me pareció una persona. Encontré la foto en el alhajero de mamá y olvidé a qué estaba jugando.

—¿Qué está cargando mamá aquí? —grité por el pasillo, ondeando la foto como una banderita. Engel corrió tras de mí tirando de mi vestido. Su función era evitar que me cayera por andar rápido y asegurarme con sus brazos alargables si trepaba por algún lugar alto. Mamá, repitió a través del parlante de su pecho.

Estaba en la cocina. Preparaba algo. La cocina era su otro laboratorio. Intentaba recetas que casi nunca resultaban y terminábamos ordenando pizza o sushi.

En cuanto volteó, señalé la foto:

—Mamá, ¿qué es...?

No quiso que nadie lo viera. El resto de su vida se preguntaría si acaso lo hizo por vergüenza, pero, ¿de verdad era su culpa o era un error de la naturaleza? En ocasiones pensaba que era un castigo. Como si un dios celoso quisiera reprenderla por esa curiosidad suya que sobrepasaba lo científico y rayaba en lo poético. Cuando Remir nació, guardó su genialidad en la maleta, en espera de un futuro mejor.

Se refugió en un pequeño departamento, en el último piso de un edificio. Lo convirtió en una especie de búnker. Nadie entraba ni salía, excepto Engel. En esa época se encargaba de las compras y el correo, pero su función en casa, además de limpiar, era mover al bebé cada cierto tiempo para que no llorara, quizá por el dolor de su costado adormecido. Ahora sé por qué Engel tenía un cronómetro en su cuello que sonaba constantemente. Yo decía que era el primer caso de hipo robótico.

No le dolía tanto el abandono de su esposo, como el tener que renunciar a los planes de un futuro inaccesible para su hijo. Podía inventar máquinas capaces de solucionar necesidades prácticas, pero, ¿cómo reparar su vida fracturada?

El otro problema era comunicarse con él. No podía verla ni escucharla, pero podía sentirla. Así que, además de tratar de crear las partes que le

faltaban a ese ser incompleto, mamá dedicó la mayor parte de sus horas de encierro a formular un idioma táctil. Comenzó por colocar su mano sobre la mejilla del bebé y hacer pulsaciones con sus dedos. Patrones: cada uno correspondía a diferentes expresiones como “no te asustes”, “duerme”, “come”... Remir apenas podía hacer algo más que gritar; a veces mordía, pero pareció entender ese lenguaje precario que mamá inventó para él. Sus dedos lo tranquilizaban.

Murió antes de que yo naciera. Los doctores le habían advertido a mamá que su cuerpo no resistiría, pero sobrevivió casi cuatro años contra todos los pronósticos, mismo tiempo en el que mamá desapareció de las revistas de ciencia y tecnología, antes de reaparecer como la creadora de los ojos artificiales. Ese hueco en su biografía lleva el nombre de mi hermano y, a pesar de la amargura, su sombra nunca oscureció mi vida.

Crecí completa y saludable, era un poco más fuerte de lo que Engel podía controlar cuando me daba por hacer berrinches. Jugaba y conversaba con los autómatas que llenaban nuestra casa. Mamá tuvo que adaptar hasta a Licuadora para que pudiera responder mis preguntas.

Quizá lo hizo por remordimiento. Su trabajo la obligaba a viajar con frecuencia. No me molestaba, aunque prefería quedarme en casa que ir con los abuelos. La lentitud de la abuela me desesperaba y el abuelo no tenía ningún botón de silencio cuando me aburría de sus historias.

—Francine nunca será una niña normal —decía la abuela, pero yo pensaba que lo raro sería resignarse a la torpeza humana. Empecé a evitar a las personas reales. Mamá se dio cuenta. Entonces me mandó a un internado sin robots, sólo personas.

Pensé que no me quería. Extrañaba nuestra casa y no tenía amigos. Además, a diferencia de los autómatas, no tenía ningún propósito: mis limitaciones se supeditaban a un lado irracional del que trataba de deshacerme inútilmente...

Al volver, durante las vacaciones, podía pasar semanas sin hablarle. La necesitaba y no sabía cómo decírselo. Es que mamá era tan importante: la llamaban de todo el mundo para invitarla a congresos, para entrevistarla o felicitarla...

Un día me descubrió llorando. Estaba sentada en el suelo, junto a mi cama. Se arrodilló a mi lado y me abrazó hasta que me calmé. Me miró como si esperara una explicación que no supe darle. La doctora en biotecnología e inteligencia artificial más reconocida a nivel mundial, con todos sus premios, menciones honoríficas y cinco idiomas entretreídos en su boca, se quedó sin saber qué decir a su hija monolingüe de trece años.

Recuerdo que me abrazó y exhaló un suspiro profundo, cargado de pájaros e insectos como los que solíamos encontrar en el jardín cuando era niña. Le dije que odiaba mi cara, que nadie me quería porque era fea. Ella sólo dijo:

—Francine, eres perfecta.

Colocó su mano en mi mejilla. Pulsó un patrón, como si me hablara en un lenguaje secreto que, de alguna forma, reconocí. Recuerdo su espalda. Estaba preparando algo en la cocina.

—Mamá, ¿qué es...? —pregunté sin terminar la oración. Me limité a indicar con mi dedo sobre la fotografía. Había algo en su regazo. Ella lo rodeaba con sus brazos—. ¿Qué es? —repetí.

Mamá me miró sorprendida. Me quitó la foto y la guardó entre las páginas de esa libreta de notas que solía llevar en el bolsillo. Salió de la cocina y se encerró en su habitación. Pensé que hice algo malo. Quería preguntarle por qué escondía esa foto y si esa cosa triste en su regazo era un monstruo... pero no me atreví. Casi había olvidado lo de la foto cuando mamá lo mencionó. Estaba guardando sus cosas después de su funeral. Sin ella, nuestra casa que funcionaba como un reloj, se sentía como una dimensión sin tiempo. Sin nadie que les diera mantenimiento, los autómatas se habían descompuesto y dejado de trabajar. Sus mecanismos lucían oxidados. Engel había entrado en modo de hibernación. Pero en cuanto pronuncié su nombre, despertó.

—Fran-cine —me saludó. El monitor que tenía por cabeza se iluminó. Estaba lleno de polvo y telarañas. Su pantalla decía “un mensaje para Francine”: proyectó un video. Era mamá. Lo he reproducido tantas veces que casi lo he memorizado.

—Hola, Francine —dice—. En este momento sólo hay una cosa que me duele más que dejarte: tu hermano, de quien no te hablé —un par de lágrimas pesadas caen por su rostro. Casi puedo sentir las romperse contra el suelo—. No lo conociste porque murió antes de que nacieras, pero una vez lo viste en una foto...

El par de ojos no estuvo listo a tiempo. En lugar de regalarle la vista, mamá le hizo su primer retrato. Engel tomó la foto.

A la edad en que la mayoría de los bebés empiezan a hablar, mamá descubrió que mi hermano no sólo entendía lo que le decía, sino que respondía a su modo. Al principio creyó que era un simple gesto, luego entendió: Remir inhalaba de cierta manera para pedir agua, de otra para decir que estaba cansado y resoplaba cuando estaba irritado. Pero su favorito era un suspiro profundo y tembloroso que exhalaba cuando lo cargaba y lo apretaba contra su pecho. Ese significaba “estás aquí”.

Frente a la cámara, por primera vez, mamá llora sin silenciarlo.

—No entiendo cómo pudo sobrevivir tanto —dice—, pero su muerte también me tomó por sorpresa. Su deforme cuerpecito fue incapaz de soportar una vida así...

No hubo funeral. Tan sólo un pequeño ataúd y una procesión de autómatas hasta el extremo más lejano del jardín, donde crecía una vieja haya a la que me gustaba trepar. Entonces yo todavía no empezaba a existir. Tras enterrar a Remir, mamá se sentía tan sola que se le ocurrió diseñar esos brazos acojinados para que Lavadora la arrullara en un abrazo protector.

Cuando se lo conté a la periodista que escribió la biografía de mamá, dijo que uno tendría que sentirse muy solo para amar a una criatura incomprendible. Mamá opinaba lo contrario:

—Francine, recuerda que eres un ser humano hermoso, como lo fue tu hermano, como lo es cada cosa frágil e incompleta que nace en este mundo.

—Te amo, mamá —le susurré.

Está más lejos que nunca. Tendría que tomar todos los aviones del mundo para alcanzarla. Y seguiría alejándose.



¿Cuánto tiempo le tomó recuperarse? Cinco años después tenía cita en una clínica. Engel se sentó a su lado en la sala de espera. Pronto dejaría de ser un televisor con piernas y volvería a cumplir la medida de su creación.

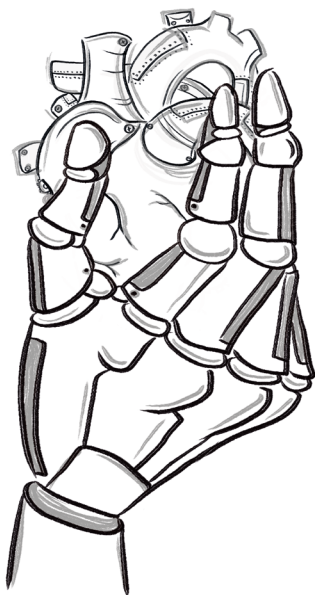
Los demás pacientes los miraban, pero ella no se percató. Nadaba en sus pensamientos, trataba de reconstruir la imagen de un sueño donde jugaba con una niña pequeña. Había despertado con la seguridad de que sería capaz de amar de nuevo. Eso le dio las fuerzas que le faltaban.

Hojeó el catálogo que le había dado la recepcionista. Buscaba un donante con una cara que le recordara a la mía, con la forma de mis ojos, el color de mi pelo, la línea de mi sonrisa. Estaba inventando, como siempre, sólo que para este proyecto debía confiar en la parte más impredecible de sí misma: su naturaleza. Pero mamá eligió sus riesgos. Porque esa tarde calurosa, sentada cerca de un ventilador metálico al que le había puesto brazos para sostener bebidas, ya estaba pensando en mí.

Publicado originalmente en

Revista Enchiridion

núm. 14, julio – diciembre, 2020



El pájaro que se hizo músico

GUILLERMO PRECIADO

—¡**P**repárate, Pascual, que ya vamos a tocar! —le dijo Don Gustavo a su tololoche. El viejo le dio un último trago a su cerveza y luego se sentó junto al instrumento. Estaba cansado, tanto por la emoción sostenida del festival como por la parranda de la víspera. Y por otros motivos. Esa tocada nocturna en la plaza del pueblo sería la última con su grupo “Don Gus y sus cuatro cuerdas”, quinteto de viejos músicos, todos ellos glorias arcaicas de la música mexicana.

Juntos habían atestiguado el tránsito de muchos presidentes: algunos títeres, otros corruptos, ninguno justo y todos cínicos. Y Don Gustavo tenía la memoria tan afinada (y encima las manos como sólo un músico puede tener) que con precisión recordaba el tacto, los movimientos y apretones de cada mano que había estrechado en los festivales de música a los que asistían los políticos. En esos tiempos el tololoche aún no llegaba a Don Gustavo; es más, en esa época, aún ni era un tololoche.

Pascual era un saltador gris que hacía sus vuelos en Boca del Río, Veracruz. La parroquia de Santa Ana era su hogar. Ahí escuchaba con atención la música alegre de la plaza; a veces volaba entre la gente haciendo piruetas a través de las parejas que bailaban con más ánimo que destreza en sus pasos.

Un día de fiesta, la curiosidad por conocer el origen de la música hizo que Pascual se acercara a un viejo tololoche arrumbado en la esquina de un bar. Su dueño lo había dejado ahí, para suerte del pájaro. Ya encima del instrumento, Pascual lo caminó con una curiosidad inédita: quería imitar

el sonido de los músicos, así que movió las cuerdas con su pico, y el efecto lo emocionó.

Estuvo un rato explorando aquel tololoche, como si fuera un espacio en el cual podría anidar para siempre. El choque de botellas, las discusiones por infidelidades y por el fútbol derivaron en una trifulca histórica en el bar de la que no se dejó de hablar por mucho tiempo. Y entre polvo, botellas y golpes, unas piernas ebrias que Pascual no vio venir lo patearon. El pequeño saltador gris se fue de frente contra el instrumento y cayó por uno de sus huecos, donde quedó atrapado. Alguien aprovechó el desconcierto que había en el bar para robárselo con todo y Pascual dentro. A los pocos días, el cordófono llegó a manos de Don Gustavo.

Don Gustavo, Pascual y los músicos fueron ovacionados en la plaza del pueblo. El alcalde, ¡cómo no!, estaba en primera fila junto a su familia. Al final de la presentación, le dio al quinteto un diploma. “Orgullo Nacional del Pueblo”, rezaba el papel que Don Gustavo recibió con fingida emoción. La fiesta continuó con otros intérpretes más jóvenes, aunque de aquella noche, el viejo y sus cuatro cuerdas fueron los más laureados.

Al día siguiente, Don Gus fue a la playa casi al alba. Aún ebrio, arrastraba los pies en la arena, cansado de la vida que nada vale sin la música. Se dejó llevar por las aguas recias de ese invierno frío, y ahora mudo. Había dejado el tololoche y su ropa doblada encima de una piedra lisa. Pascual entendió que jamás emitiría de nuevo música alguna desde aquel huérfano cordófono. Así, desafiante, renunció al silencio al que lo estaban orillando. Sacó primero el pico del instrumento, después sus alas y alzó el vuelo, en busca de otro nido sonoro, mientras agradecía con su mirada por tanta música al viejo que el mar se estaba tragando.



Publicado originalmente en
Revista Enchiridion
núm. 17, enero – junio, 2022

La primera vez que Noa me habló de su condición fue en nuestro reencuentro luego de algunos años. La guerra había terminado y quería, más que nada, rememorar mis mejores momentos de la infancia. Yo no le creí ni un poco. Lo dijo con calma luego de una pausa en la conversación. Recuerdo ahora mi reacción y sé que no había otra forma de recibir esa noticia. Todo apuntaba a una broma del momento, de esas que duran apenas segundos después de ser dichas. Manifesté mi incredulidad y caminé al baño con una risa. Me miré al espejo y moví la mano, rápido y lento. Pensé en lo terrible y fastidioso que sería tener realmente esa enfermedad. Dejar de percibir el movimiento no era algo que se escuchara, ni un poco en realidad. Dudé respecto a su existencia, parecía algo más bien inventado por Noa; a él le gustaba inventar historias. Así que decidí salir a preguntarle cómo se le había ocurrido tan creativa enfermedad. Pero Noa lloraba, lloraba y derramaba sobre la mesa la botella de vino que tanto me había costado. Lo cuestioné, fuertemente, pero no se detuvo. Una vez vacía miró la botella un instante y la estrelló en su cabeza. El enojo que me había invadido desapareció, estaba confundido. Aquel golpe no lo desmayó, pero le escurría gran cantidad de sangre por su frente. No contento con ese resultado se levantó tambaleándose, decidido a golpearse nuevamente con quién sabe qué cosa. Lo contuve tomándolo por los brazos y me miró. —Ni siquiera puedo ver cómo cae mi propia sangre—, dijo antes de llorar nuevamente, pero esta vez se echó al suelo y yo lo acompañé. El día que no le creí fue el mismo que supe que Noa no podía ver el movimiento.

Diré, desde ya, que jamás convencí a mi amigo de ir al médico. —No va a creermelo —me decía—, tú no lo hiciste al principio. Sólo van a llevarme al loquero—. Yo le contestaba que era importante, que algo peor podía estar gestándose en su cabeza, pero él gritaba de nuevo que no lo haría y yo le llamaba imbécil. Eso se repitió cerca de dos meses.

Cuando acepté el hecho de que Noa no pisaría un consultorio médico para buscar las razones de esa enfermedad, las peleas acabaron. La curiosidad que tuve desde el principio se veía disipada por mi preocupación, pero desde el primer momento quise saber cómo había sucedido, qué le había pasado para llegar a esa condición. Él, con tal de que no lo molestara con el mentado médico, respondió a todos mis cuestionamientos.

—No esperes un aparatoso accidente, lo pienso ahora y creo que es ridículo. Sólo quería alcanzar uno de mis libros que estaban en la parte más alta del librero. Tenía una escalera bastante vieja, pero al verla daba la sensación de ser inquebrantable. El caso es que se rompió, pero no del todo. Mi pie se estancó en ella y me golpeé en la cabeza... en la parte de atrás. Desperté ya a oscuras. Sentí un poco de líquido en mi cabeza, estaba sangrando. En ese momento ya había perdido la percepción del movimiento, pero me di cuenta hasta que abrí el grifo. Podía escuchar cómo el agua caía, sentirla, pero no la veía en realidad. Luego apareció.

—Era... como ver foto tras foto. No enloquecí esa vez, no como la de la botella. Sólo me quedé ahí, toda la noche, viendo cómo el agua pasaba en fotogramas. Al mismo tiempo pensaba en todo lo que implicaría, en lo loco que sonaba. Desde ahí supe que no iría a un doctor, que no le diría a nadie, ni siquiera a mi familia. Entonces tuve la crisis en tu casa y... ya sabes lo demás.

Contó lo anterior mirando a un punto fijo de la habitación, un punto inmóvil. Me contó también que a veces salía a la calle fingiendo ser ciego, que, a pesar de lo que pudiera pensar, eso le facilitaba mucho las cosas.

—Escucho. Es lo que mejor hago. Mantengo los ojos cerrados porque no quiero que los fotogramas me confundan. Escucho y ubico de dónde vienen las cosas. Es más seguro cruzar una calle con la ayuda de alguien que intentarlo por mí mismo.

Yo regresaba a mi casa sumergido en las más profundas reflexiones. Pensaba en cómo todos damos por sentado ciertas cosas, algunas de ellas ni se cuestionan. Percibir el movimiento por medio de la vista era una de éstas y a veces pasaba noches enteras cuestionándome sobre las distintas maneras de ver el mundo. Noa miraba todo de una manera distinta, única. Me pregunté si de verdad era el único, si había posibilidad de que en otras ciudades existieran personas iguales. Pensaba en cómo el tiempo transcurría diferente para él, en que algunos detalles no se le escapaban y en la infinita nostalgia que debía sentir por ver una película como antes lo hacía.

En aquellos años, los conflictos en Grecia se habían agudizado. El comunismo estaba surgiendo y la Guerra Civil era inminente. Con aquella situación, Noa no quiso salir más de su casa. Yo tenía que llevarle lo necesario para que no muriera de hambre, pero incluso a mí me daba pavor salir a las calles. No pasó mucho para que viviera con él, ambos nos sentíamos más seguros y su casa estaba ubicada en una zona más alejada de los conflictos que la mía. Pasamos un año así, constantemente lo veía cerrar los ojos y tocar complicadas melodías en el piano; yo también los cerraba y trataba de ponerme en su lugar. Pasaba la mayor parte del día leyendo y yo adopté ese hábito, leyendo a los clásicos y a los románticos. En otras ocasiones Noa escribía, pero esa actividad lo fastidiaba luego de un rato y dejaba de hacerlo a los quince minutos. Cualquiera persona pensaría que Noa era un hombre normal de 44 años, intelectual, un poco solitario; pero yo sabía que la manera en que veía las cosas era muy diferente, y que eso repercutía en sus pensamientos. Jamás me atreví a ver lo que escribía, pensaba que esa era la manera en que liberaba sus sentimientos acerca de su condición, algo muy personal. Sólo veía cómo rayaba con furia los papeles y terminaba arrugándolos y echándolos a la basura. Sabía que estaba sufriendo.

Una noche, luego de un día especialmente violento, llegó a la ciudad una tormenta como no se había visto en mucho tiempo. Las hojas de los árboles jamás se habían movido de tal manera. El viento ocasionaba que la lluvia se dividiera en grandes secciones antes de caer al suelo para mover más agua. En el cielo se creaba un rayo tras otro con el rápido movimiento de las nubes. En pocas palabras, la tempestad parecía estar burlándose de

Noa, que miraba todo el espectáculo desde el ventanal de su habitación. No sé cuánto tiempo contempló la tormenta pausada, pero en uno de esos instantes decidió abrir la gran ventana para sentir lo que no podía ver. Yo, escuchando la entrada del aire, me dirigí inmediatamente a su habitación. Estaba completamente inmóvil, recibiendo grandes cantidades de agua helada y con los ojos bien abiertos. Cerré la ventana y le pregunté de qué se trataba todo eso. No esperaba una respuesta, su mirada estaba perdida y supuse que había entrado en crisis. Buscando ropa para que se cambiara, escuché que me hablaba.

—Es irónico... el cómo me llamo —voltee a verlo y estaba recargado en el ventanal, como muchas veces lo hacía cuando reflexionaba después de una larga lectura—. Cuando tenía 11 años, encontré uno de esos libros que contienen los significados de muchos nombres. Estaba... emocionado, iba con todos los miembros de mi familia y les leía lo que su nombre significaba. Mi padre, mi madre, mis hermanos mayores, todos parecían interesados; ni siquiera ellos mismos sabían el significado de su nombre. Cuando fui con mi hermana menor, me hizo una pregunta: ¿y tu nombre qué significa? —Hizo una pausa y volteó a verme—. El mío no estaba registrado en aquel libro, pasé todavía un par de años sin saberlo. Mis padres lo habían elegido porque era sencillo de pronunciar. Encontré su significado en un libro de nombres hebreos. Noa. ¿Sabes qué significa mi nombre? *Movimiento*. Todos los días me río de eso, de su ironía. He tratado de escribir eso y tantas cosas, pero no puedo, todo termina siendo odio. Traté de hacerlo hace unos minutos hasta que escuché los truenos. La lluvia, el viento, grandes representantes de que todo se mueve. La... ausencia de sincronía entre el sonido de la lluvia y la manera en que la veía me llevó a cruzar de nuevo la línea que tanto había evitado. Estuve a punto de saltar, ¿sabes?

Todo esto lo dijo sin parpadeo, y yo comencé a tener miedo, por su actitud, su mirada, y porque ya no se escuchaban truenos; eran bombas y disparos.

—Yo creí que... sería pasajero, pero no. Los fotogramas no se han ido y no creo que lo hagan. No mejora. A veces no veo lo que se mueve, como si... como si se volviera invisible. Y otras veces veo todo multiplicado, no he

sido capaz de ver un movimiento fluido otra vez. Pero, adivina qué, hace un momento vi un rayo congelado. No creo que alguien más lo haya hecho. No. Hay cosas que soy capaz de ver y que todos los demás no. Sé apreciar también el tacto, la audición, más que cualquier otro que esté completamente sano, imagino que es muy similar a los que son completamente ciegos. No los envidio; antes lo hacía, pero ya no. Estoy aprendiendo a amar la manera en que veo el mundo.

Yo lo abracé, por todo lo que acababa de decir, pero también de miedo, porque los disparos estaban cada vez más cerca.

—Imagínalo —dijo, separándose de mí rápidamente. Una bala congelada. E inmediatamente corrió hacia el caos. Yo fui tras él, pero fue imposible alcanzarlo. Una bala atravesó el ventanal donde Noa había admirado el gran fotograma. Me eché al piso mientras escuchaba cómo otras tantas balas impactaban en la casa.

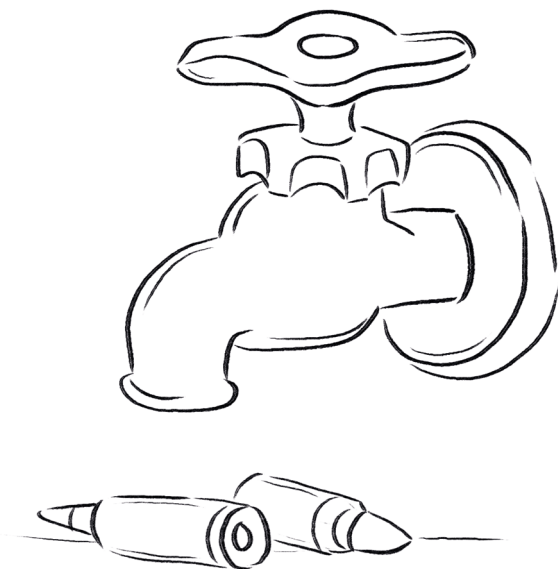
Levanté la vista luego de unos segundos de tranquilidad y lo vi ahí. Noa agonizaba en medio del campo con una sonrisa en el rostro. Fui hasta él y lo cuestioné por última vez.

—¿Qué has hecho?

—Puedo verla —me contestó—. La bala ni siquiera ha entrado a mi cuerpo.

No sé si Noa murió viendo aquella imagen de la bala o viéndome a mí. Es otra de las preguntas que me acompañan en las noches. No sé si en sus últimos momentos fue capaz de ver un movimiento fluido y no pudo decírmelo, o si simplemente se trató de una arcada de dolor.

He entrevistado a muchas de las personas que recientemente han manifestado ser víctimas de esta condición. Al igual que Noa en sus últimos momentos, han llegado a la misma conclusión: aman su manera de ver las cosas. A veces siento que padezco de lo mismo. Tal vez nos pase a todos, tal vez nos tenga que pasar a todos. No lo sé, los casos van en aumento y es en lo único que puedo pensar.



Publicado originalmente en
Revista Enchiridion
núm. 12, julio – diciembre, 2019

Marta: una historia más del milagro

BRUNO MUREDDU
FACULTAD DE LENGUAS Y LETRAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

Había desaparecido nuestro lago. La fisonomía del pueblo en forma de hoz era la única evidencia de que alguna vez su cuerpo esmeralda empapó el lugar. Las barcas se quedaron incrustadas a las fracturas del suelo lacustre, navegando la polvareda que el aire levantaba en su recorrido. Los carrizos permanecieron clavados como flechas y los cadáveres de los peces parecían esculpidos desde el mismo sedimento, dándole a todo aquello el aspecto de zona paleontológica. Nos habíamos quedado sin agua, y a nuestro auxilio solamente vinieron unas cuantas pipas de estados aledaños. Ni la lluvia se arriesgó a pasar, quizá temiendo la misma desaparición. Aunque hay muchas dudas acerca de la recuperación del lago, lo que nadie puede negar —aunque tampoco comprobar—, es el don que tuvo doña Marta, la mujer que vomitaba agua.

Mi padre conocía a don Goyo, el esposo. Habían sido amigos desde la infancia y, ya de adultos, pasaban las tardes examinando refacciones y desarmando automóviles en su taller mecánico. El señor le contó a papá que, a pocos días de que las pipas dejaran de llegar al pueblo, comenzó el fenómeno: su mujer devolvió agua por la boca. Para ese momento, su familia no era la única en haber apilado en su patio delantero cientos de botellas vacías. Todos los habitantes recurrimos al refresco para saciar nuestras necesidades básicas. Doña Marta odiaba sentir el burbujeo de la bebida picando su garganta, o eso nos dijo papá. Según, de toda la familia, la mujer era quien más había bebido gaseosa en ese tiempo, a pesar de que le molestaba sentir el azúcar endureciéndose en su lengua. Don Goyo le comentó a papá que

la señora siempre terminaba lagrimeando debido a la efervescencia que le rasguñaba la cavidad nasal. Con todo y todo, era imposible aplacar su sed. Don Goyo desconocía la cantidad exacta de botellas que vació su esposa, pero estaba seguro de que la ingesta de tanto gas provocó el advenimiento de su don.

El primer incidente ocurrió durante la madrugada. Las arcadas despertaron a toda la familia. Al principio el agua que expulsaba la mujer presentó un tono marrón oscuro. Para el séptimo disparo, el líquido se transparentó, saliendo a chorros entre burbujas e hilos de saliva, los cuales también desaparecieron a medida que el flujo se volvía más continuo. Llegó a ser tal la presión y la claridad de la sustancia que se volvió, presumiblemente, potable. El señor le había dado una cubeta a su mujer para recolectar el vómito. Según papá, al terminar el ataque se acumularon apenas unos ocho litros, los mismos que terminaron en el inodoro. Sus dos hijos, a modo de burla, la compararon con las pistolas de agua que solían usar cuando jugaban a las orillas del lago. Doña Marta, en vez de reprenderlos, prefirió recostarse en la cama y tratar de cerrar los ojos. No obstante, dice el esposo, su mujer sintió un extraño oleaje en su estómago, y un dolor que la mantuvo en vigilia.

Los días pasaron sin contratiempos, salvo que la mujer lucía cada día más rechoncha. Esto claro que también lo noté, la panza de doña Marta había adquirido la forma de un globo lleno de agua. Le dolía, dijo papá, sobre todo al levantarse y caminar, porque el saco daba jalones y retumbaba como si estuviera a punto de romperse.

La mañana de un lunes, don Goyo y su esposa se encontraban descansando en las sillas de plástico rojo que tenían en el porche de su patio trasero. Ella se estaba sobando el abdomen, y comenzó a vomitar tanta agua que encharcó el terreno en escasos minutos. El esposo le describió a papá la escena, dijo que fue resplandeciente, como si la mujer escupiera millones de moneditas plateadas. Como la casa de doña Marta está construida a la usanza del pueblo —el jardín a desnivel y rodeado por muros de ladrillos gruesos— el líquido se amontonó contra las paredes, en busca de alguna salida. La mujer no podía moverse, y en menos de una hora el torrente que le

salía de la boca formó una alberca. Los vecinos colindantes, incluyéndome, vimos aquello desde nuestras ventanas de la planta alta. El agua era tan clara que apenas y se distinguía en el tronco muerto que habitaba la esquina del jardín, el cual se veía perfectamente dividido en dos colores, la parte inferior era de un café más oscuro respecto a la otra, que más bien se mostraba marchita, seca; igualmente, el cuarto escalón que conducía a la puerta de la casa de doña Marta estaba empapado; y, además, un par de herramientas de jardín disimulaban el óxido con las burbujas que traían pegadas.

Como era de esperarse, la noticia recorrió el pueblo como una ventisca. Desde ese momento, muchas personas comenzaron a frecuentar la calle únicamente para comprobar la historia; pero nadie se atrevió a ver el estanque. El miércoles de esa misma semana, la señora vomitó durante varias horas. Se encontraba sola y se espantó tantísimo que salió a buscar ayuda. Más tarde le confesaría a su marido que la marejada la inmovilizó en el umbral de su zaguán. La calle entera quedó anegada, y sé que no fui la única en agradecer que los políticos volvieran a romper sus promesas de campaña, de lo contrario el agua no se hubiera estancado. Los más astutos, entre ellos mis padres, se apresuraron al riachuelo con cubetas y acarrearón la mayor cantidad de agua posible. Esa tarde los excusados volvieron a funcionar, preparamos guisos que creímos extintos y por fin bebimos algo libre de azúcar o gas.

Al día siguiente, largas filas serpenteaban el nuevo río. La gente iba con los pantalones arremangados para llevarle obsequios a la mujer que devolvía agua, como pago por su heroicidad. La fachada de la casa de doña Marta se convirtió en un museo de tiliches. Frente al portón, los pobladores colocaron ollas, prendas de ropa, figuritas viejas de cerámica y amuletos. Con el tiempo se fueron sustituyendo las cosas por flores, figuritas nuevas de barro y veladoras. Incluso hubo personas que le entregaban a la familia estofados o unas cuantas monedas. La mujer salía desde el amanecer, se paraba frente a la puerta de su casa y recibía a los pobladores que cargaban tambos y cubetas.

Estábamos convencidos de que podía controlar su don, pues ya comenzaba a ser rutinaria la colecta matutina. Ella apretaba los labios al momento de llenar las cubetas, para no desperdiciar ni una sola gota. Cada que llegaba

alguien ante su reja, doña Marta entrecerraba los ojos, sonreía en un gesto de aceptación, rodeaba los tambos con sus brazos regordetes y comenzaba a devolver el agua. Al terminar la jornada prefería ir a descansar antes que probar las comidas del día. Don Goyo le platicó a papá que la señora despertaba con brusquedad alrededor de las tres de la mañana, buscaba los platillos que los habitantes le habían llevado y se ponía a comer. Dice que no se detenía hasta que el oleaje azotaba sus entrañas, el aviso de que pronto comenzaría a formarse la fila.

La gente del pueblo claro que se encariñó con doña Marta. A pesar de que había perdido unos cuantos kilos, su cara ovalada y rojiza seguía siendo inspiradora. Antes de esta situación con el agua, la señora era conocida porque le encantaba la jardinería, así que muchos manifestaron su gratitud al arreglar su jardín que, dicho con mayor precisión, se había transformado ya en un estanque con animales y plantas que afloraron ahí mismo. De la noche a la mañana crecieron los juncos, con tal vitalidad que atraían a las libélulas. A alguien se le ocurrió traer los cadáveres de unos cuantos peces desde lo que había sido nuestro lago, según para que descansaran en paz como se debía, pero luego de un par de horas sus cuerpecillos se hincharon de carne y reiniciaron el aleteo. Era un lugar bellissimo, con plantas que flotaban y florecían, con renacuajos que después saltaban a las otras casas.

A inicios del segundo mes sin pipas ni lluvias, disminuyó la frecuencia de las procesiones hacia la casa de la mujer que vomitaba agua. Pero, durante el amanecer del martes pasado, mi vecina perdió el control. Me parece que fue al despertar cuando se rompieron las olas en su estómago. El chorro salía a una presión casi industrial. La señora salió de su casa, esquivó a los pocos habitantes que hicieron fila y caminó por el pueblo. Los vecinos intentamos usar todo el líquido que habíamos recolectado durante el domingo con la intención de liberar las calles inundadas, pero el agua se precipitaba como una cascada desde los labios de la mujer. No nos dimos abasto. Ya al mediodía se le notaba cansada y desesperada. En su caminata, la gente tomaba turnos para sostenerla del brazo. Cuando por fin me acerqué lo suficiente, pude ver el temor en sus pasos. Llevaba los ojos bien

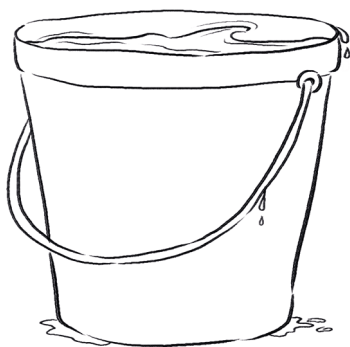
abiertos, le temblaban las piernas y el enrojecimiento se le esparcía desde las mejillas hasta su pecho.

Oscureció cuando llegamos hasta las orillas de lo que fue nuestro lago. Doña Marta se arrodilló, se inclinó con pesadumbre y desembocó. La marca de media luna sobre el terreno, como la silueta en tiza de un cadáver en el asfalto, comenzó a recuperar su cuerpo líquido. Acampamos ahí mismo, calentados por las pequeñas fogatas que algunos vecinos encendieron. Cuando despertamos arropados por el alba, encontramos a doña Marta recostada en la orilla del lago. De sus labios todavía se escurría un hilito de agua. Nos devolvió el lago entero, hasta el último metro cúbico. Después de eso, dejó de vomitar. Le pidió a su esposo que la metiera en el agua para descansar sintiendo la frescura que la había acompañado desde niña. Cuando su cuerpo enjuto se quedó inmóvil, se cumplió su última voluntad. La vimos suspendida en el reflejo del cielo. Su cuerpo flotó entre barcas, carrizos y peces; se fue disolviendo entre las reverberaciones naranjas y acuosas del amanecer.

Al terminar los días de luto, llegaron los medios de comunicación y los hombres de traje. Incluso reapareció el presidente municipal. Sin embargo, ya habíamos hecho un trato: nadie confesaría la verdadera historia de doña Marta. Cada habitante contaría su propia versión de cómo recuperamos nuestro lago.

Publicado originalmente en

Revista Enchiridion
núm. 18, julio – diciembre, 2022



Las Brujas de Aguacatlán

FRANCISCO IVÁN HIPÓLITO ESTRADA
FACULTAD DE FILOSOFÍA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

Cruz González era un campesino de origen humilde. Vivía en Las Adjuntas, comunidad dependiente de Aguacatlán, en Pinal de Amoles; un pueblecillo alejado de la modernidad, como muchos otros que hay en la Sierra Gorda. Desde muy niño padeció las penumbras de la miseria, pues su padre murió dejándolos desamparados a él y a su madre María. Quizá su situación habría empeorado si no hubieran sido cobijados por sus padrinos, doña Eligia y don Miguel, quienes ante todo velaron por sus parientes.

Cuando Cruz llegó a la edad adulta, conociendo ya las labores del campo para valerse por sí mismo, su madre contrajo segundas nupcias y partió de Las Adjuntas para iniciar una nueva vida con su marido en la lejana comunidad de Concá, en Arrollo Seco. Así, aquel joven campesino y pastor, quien se negó a dejar su terruño, continuó su propio camino al lado de su esposa Herminda.

Tras algunos años de haber partido, doña María tuvo dos hijos más: Juan y Lorenza. Sin embargo, debido al clima tan extremo de Concá, la mujer contrajo una enfermedad que la obligó a regresar a Las Adjuntas con la esperanza de recuperar fortaleza. Cruz, como hijo responsable, atendió a su madre hasta que recobró la salud y pudo regresar con su marido.

El susto por aquella enfermedad hizo reflexionar a doña María sobre lo frágil que puede ser la vida y le encomendó a su hijo que, en caso de que ella faltara, él mismo se encargara de sus hermanos. Aunque Cruz no estaba del todo convencido, el amor por su madre lo obligó a aceptar aquella proposición. Por desgracia, a los pocos meses de haber vuelto a Concá doña María falleció, y al enterarse Cruz de la fatal noticia tomó rumbo

a aquel punto para recoger a sus hermanos. Juntos se marcharon hacia Las Adjuntas para iniciar ahí una nueva vida.

Juan y Lorenza crecieron en aquel entorno: él, un niño pícaro que acostumbraba jugar entre los magueyes, y ella, una señorita de muy buen ver. En más de una ocasión, Cruz tuvo que espantarlo a los muchachos, pues consideraba que su hermana todavía no estaba en edad de andar de noviera. Su situación no era del todo buena, a veces podían comer un plato de frijoles con nopales mientras que en otras ocasiones apenas lograban llevar una tortilla a la boca. Aun así, Cruz trató siempre de hacer su mejor esfuerzo para que ni a su esposa ni a sus hermanos les faltara nada.

Al ver la situación precaria que se vivía en la casa de Cruz, su madrina Eligia intentó convencerlo de que le dejara a su hermana para que no fueran una carga más para él. Eligia tenía una situación económica más estable y, al tener viviendo en su casa a su sobrina Dolores y a su esposo José, necesitaba de alguien que le ayudara con las labores domésticas. Por supuesto, Cruz no aceptó la proposición, pues había hecho la promesa a su madre de criar él mismo a sus hermanos. Por el recuerdo y el cariño que aún le profesaba, debía continuar con su obligación.

Doña Eligia no cedió en sus intenciones y pronto, en compañía de su sobrina Dolores, incitó a Lorenza para que dejara la casa de su hermano y se fuera a vivir con ella. Le dijeron que en ese lugar podría gozar de algunos lujos y que nunca le faltaría un pan para comer. Las promesas de Eligia tuvieron efecto y, pocos días más tarde, Lorenza dejó el regazo para marcharse con la madrina y llevar una vida mejor. La noticia no fue bien recibida por Cruz, sin embargo, Lorenza ya era una jovencita que podía tomar sus propias decisiones y él no podía evitarlo.

Así pasaron los días y, a pesar de la cercanía de la casa de la señora Eligia, Cruz no tenía noticia alguna de su hermana. Era, quizá, que llevaba una vida tan buena que se había olvidado de sus hermanos. Una noche Lorenza llegó a casa de Cruz bañada en sangre, pues doña Eligia la había golpeado sin razón alguna, y había decidido regresar a su antiguo hogar sin querer saber nada más de la madrina. Cruz la acogió en sus brazos y, cual si fuera un padre amoroso, la recibió.

La mañana siguiente, doña Eligia se presentó en casa de Cruz para disculparse por lo sucedido. Le prometió a Lorenza cambiar su actitud si ella regresaba a su casa a seguir sirviendo. Sin embargo, la joven se negó y Cruz apoyó la decisión de su hermana pidiendo a su madrina que se retirara. Antes de marcharse, Eligia le dijo a Cruz que las cosas no se quedarían así y le prometió que, de alguna forma, no importaba cómo, Lorenza regresaría pidiendo perdón por haberse marchado. Él no le dio demasiada importancia a ese comentario y cerró la puerta. No tenía idea de lo que estaba por suceder.

La vida transcurrió normalmente para Lorenza por unos días, pero la insistencia de Eligia para que la muchacha volviera a su casa no cesaba. En una ocasión, mientras Lorenza se bañaba en el río, se presentó ante ella un jovencillo que venía por parte de la madrina para entregarle un par de duraznos, pues a sabiendas de lo mucho que la joven disfrutaba de ese fruto, creyó que no se resistiría a la ofrenda de paz. Lo triste fue que un perro que rondaba el lugar hurtó descaradamente la fruta y Lorenza no pudo degustar de aquel manjar.

Otro día, mientras Cruz y su esposa salieron rumbo a Aguacatlán a realizar algunas compras, el mismo joven se presentó con Lorenza para llevarle unas galletas que le enviaba Eligia. Esta vez, ni tardía ni perezosa, devoró el presente para que no quedara evidencia de ello. Llegada la noche, Lorenza comenzó a sentir un enorme malestar, el vientre le dolía y la cabeza le daba vueltas. Notó que le sangraba la entrepierna, por lo que asustada llamó a su hermano para que acudiera en su ayuda. Cruz de inmediato se dirigió hacia la habitación de la joven, pero el escenario que se encontró no era nada agradable. Su hermana gritaba de desesperación y se arrastraba en el suelo retorciéndose de dolor. “¡Eligia!, ¡Dolores!”, gritaba la afectada mientras le escurría sangre de su parte íntima y por la boca. Cruz pronto tomó unos trapos para limpiar a su hermana, pero al intentarlo notó que de aquellos orificios salían espinas, ramas y otras porquerías, lo que le causó tremendo susto. De pronto, Lorenza comenzó a retorcerse con mayor intensidad y a gritar sonidos extraños. Relinchaba, cacaraqueaba, ladraba y maullaba... el escándalo era tal que más de un vecino chismoso acudió a ver qué era lo que estaba sucediendo en aquella casa.



Cruz no podía creer lo que pasaba frente a sus ojos y, temeroso de cualquier mal, se encomendó a Dios. Herminia, su esposa, también asustada por lo que le sucedía a su cuñada, le recordó a su marido las amenazas de Eligia. Le sugirió que de inmediato acudieran a ver al cura de Aguacatlán, pues lo que acontecía no podía ser normal.

Cruz corrió en dirección a Aguacatlán tan rápido como pudo y pronto llegó a su destino. El presbítero Jesús, encargado de aquella iglesia, escuchó con detenimiento lo que el agitado hombre tenía que decirle y, tras unos minutos de reflexión, le dio una botella con agua bendita para que su hermana la bebiera y se recuperara. Además, también le dio unas palmas benditas para que las colocara frente a sus puertas y así su familia estuviera libre de cualquier maleficio.

A su regreso en Las Adjuntas, Cruz hizo todo lo que el padre le aconsejó, pero aun así no hubo mejoría. Su hermana empeoraba y tenía que hacer algo para remediarlo. Por ello, después de varios días decidió acudir a las autoridades de Aguacatlán, en compañía de otros testigos.

Estando en la delegación, Cruz contó al juez lo que le pasaba a su hermana y sobre la amenaza que le había hecho doña Eligia, e hizo hincapié en que no podía ser casualidad que tanto ella como su sobrina habían sido nombradas por Lorenza en su agonía. Seguramente se trataba de un hechizo. El juez no creyó la versión de Cruz, pero la insistencia de éste y otros vecinos de Las Adjuntas por que acudiera al lugar y viera con sus propios ojos el extraño acontecimiento, despertaron su curiosidad.

Acompañado de un policía y un médico de guardia, llegó de madrugada el juez de Aguacatlán a casa de Cruz y lo que parecía ser una historia extraordinaria y fantástica resultó ser una verdad aterradora. Ahí estaba Lorenza retorciéndose todavía, sangrando, escupiendo espinas por la boca y haciendo toda clase de sonidos extraños. El médico se apresuró a examinarla. El diagnóstico no fue nada alentador para la familia de Cruz, pues el especialista estipuló que la paciente sólo padecía un caso de “histerismo” y no había nada que hacer por ella. Sin embargo, esa respuesta no era satisfactoria para Cruz, pues no explicaba el porqué de la sangre y las espinas. Él estaba convencido de que su hermana estaba siendo víctima de un embrujo

de Eligia y su sobrina Dolores, y ya que ni la iglesia ni la justicia lo podían ayudar, pensó que debía actuar por su propia mano.

Al día siguiente, Cruz salió como de costumbre a realizar sus labores del campo. De inmediato se percató que estaba siendo vigilado por un extraño joven. ¡Sí!, era aquel que le llevaba presentes a su hermana por parte de su madrina. Cruz no le dio mucha importancia y sólo se limitó a continuar su camino, pues creyó que en determinado momento éste se alejaría. No fue así y, por el contrario, notó que otra sombra lo seguía desde atrás de unos arbustos aledaños. Ya nervioso, Cruz arremetió contra aquella sombra. Grande fue su sorpresa cuando se percató de que era Dolores, sobrina de Eligia, quien lo acechaba desde el otro lado de las ramas. ¿Qué estaría tramando?, se preguntó. De inmediato, Cruz detuvo a su acosadora y le cuestionó su actitud. Dolores le contestó que ella sólo iba de paso y que si estaba detrás de los arbustos era porque quería evitarlo del todo. Después de una breve discusión, cada quien continuó su rumbo y el suceso no pasó a mayores.

Llegada la tarde y ya de camino a casa, Cruz notó que nuevamente era perseguido por Dolores. Esta vez tomó una vara afilada que encontró por ahí y, aprovechando un descuido, sorprendió a la espía y la tomó fuertemente del brazo. Encolerizado, arremetió en su contra y golpeó fuertemente a la mujer, mientras le exigía que confesara el embrujamiento de su hermana, pero Dolores no reconoció culpa alguna y sólo gritaba desesperada en busca de ayuda. Cansado de las negativas de su víctima, Cruz fue más severo y le perforó una pierna para que, viendo el aprieto en que se encontraba, la bruja confesara su pecado. Dolores rompió en llanto y aceptó haber actuado en maleficio. Confesó que entre ella y su tía Eligia habían hecho un embrujo contra Lorenza para que ésta volviera con ellas. Dicho encantamiento sólo lo podía romper su tía, pues era la bruja mayor y era quien tenía el mojugato enterrado en su propiedad.

Al saber esto, Cruz tomó de los cabellos a Dolores y la arrastró por el sendero hasta llegar al pueblo. Estando ahí comenzó a gritar a los cuatro vientos que la bruja había confesado. Algunos vecinos, entre amigos y

familiares, acudieron a ver lo que sucedía y tras escuchar que efectivamente Dolores había revelado ser una bruja, también arremetieron en su contra.

Al llegar a las puertas de la casa de Eligia, arrojaron al suelo a la víctima y le pidieron que llamara a su tía, quien seguramente tendría un destino similar. Sin embargo, fue José, esposo de Dolores, quien salió en su lugar armado con una guaparra y de inmediato se abalanzó sobre los atacantes. Cruz y los demás hombres intentaron defenderse e incluso uno de ellos sacó una charrasca para apuñalar al enfadado marido. Pero por más que intentaban hundirle el arma, ésta parecía que se doblaba cual si fuera de hule. Entre risas y carcajadas, José les repetía que nada podían hacer en su contra, pues él poseía la “magia prieta”.

En un último intento desesperado, Cruz se encomendó a Dios y, con la vara afilada que portaba, atacó a José en la frente dejándole una marca en forma de crucifijo. Esta proeza pareció ser el remedio, pues después de ello el hombre cayó en seco tras haber recibido varios impactos de arma blanca. Muerto José, Cruz y sus ayudantes se quedaron quietos en completo silencio, ni Eligia ni Dolores habían salido. Conscientes de sus actos, los agresores se retiraron a sus casas sin decir una sola palabra y dejando el cuerpo del occiso tendido sobre la calle.

La noche transcurrió lentamente y, mientras la preocupación de Cruz aumentaba, el estado de salud de su hermana mejoraba rápidamente. No había duda: lo que había pasado horas antes obligó a las brujas a dar marcha atrás en su maleficio. Al día siguiente, la culpa obligó a Cruz a entregarse a las autoridades y a dar los nombres de sus cómplices. Sin duda estaba agradecido por la ayuda, pero su fe no lo dejaba ignorar su falta ni la de sus compinches. Varios años habría de pasar Cruz en la cárcel acusado del homicidio de José y por daños a Dolores.

En cuanto a doña Eligia, luego del asesinato de José, nunca más se le volvió a ver en Las Adjuntas. Mucho se especuló en el pueblo sobre su paradero y más de uno aseguró que ya con anterioridad había manifestado dotes de brujería, por lo que, si llegaba a asomarse por ahí, de inmediato sería expulsada por la comunidad.

Dolores permaneció unos días más en el lugar, pero antes de marcharse declaró que sólo había confesado ser partícipe de brujería debido al maltrato de Cruz, y que lo que en realidad le había pasado a Lorenza era que había quedado embarazada del hijo de doña Eligia, pero la muy cobarde no había tenido el valor de decírselo a su hermano. Jamás se le volvió a ver en Las Adjuntas³.

Publicado originalmente en

Revista Enchiridion

núm. 10, julio – diciembre, 2018



³ Este relato se construyó a partir del expediente criminal de Cruz González, Dolores Cruz, Sebastián Sánchez, Fausto Sánchez y Emiliano Alvarado, acusados de homicidio en la persona de José Montoya y María Dolores y Alvarado. Archivo Judicial del Estado de Querétaro, Criminales, Jalpan, Exp. 79. 1939-1940.

Antelina

ALBA MARÍA GONZÁLEZ LEAL
LICENCIATURA EN HISTORIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

No era miedo lo que se respiraba en el aire, era pánico, un pánico motivado por la caída de innumerables estructuras, por las gigantescas nubes de polvo que abrazaban todo a la vista, los chillidos inhumanos y los llantos desesperados de los sobrevivientes evasores de la muerte. Todo aquel vasto escenario me rodeaba como si estuviese justo en el centro de un huracán, pero mis ojos sólo podían contemplar una pequeña y débil figura, y mi cuerpo, ya casi sin energía, aún se proponía moverse para alcanzarla. En el momento en que uno de mis brazos estuvo a punto de atrapar al fantasma que había aparecido en medio del caos, éste se desvaneció, dejándome inmóvil con la extremidad levantada sobre mi cabeza, los ojos abiertos como los de un venado encandilado, una capa de sudor cubriendo todo mi cuerpo y la sensación de ahogamiento en mis pulmones.

Era de madrugada. Diciembre de 1994, casi diez años después del terremoto del 85, y más de cinco de haber abandonado apresuradamente un pueblo en la sierra poblana con innumerables recuerdos dulces y amargos, lleno de amistades perdidas y olvidadas, ajenas ya a mí en este momento. Sin embargo, como todas las noches después de aquella tragedia, mi mente jugaba conmigo, mezclando los dos parteaguas de mi vida o, como suelo llamarles secretamente, mis dos noviciados. El primero desencadenó el segundo y, sin lugar a dudas, este último se convirtió en la ventana hacia un exterior desconocido, hacia la duda y el abismo.

El 21 de diciembre de 1985 abandoné los escombros de lo que fue la Ciudad de México. Ese día me salté, como si nunca hubiera pasado, la caída de

la bolsa y la devaluación ocurrida el 5 de octubre porque, durante esa gran crisis, vivía en un mundo diferente, con reglas, colores, paisajes, olores, sonidos y esperanzas distintas. Era un lugar extraído intencionalmente de las historias de Juan Rulfo, el perfecto escenario rural para vivir cuando se es hombre, pero desastroso para vivir como mujer sin marido y con tres hijos.

Tepango de Rodríguez, lugar de descanso del último emperador totonaco, era un pequeño pueblo de apenas mil quinientos habitantes que se encontraba clavado en el corazón de la sierra poblana. Rodeado de vegetación, campos de maizales y altos árboles repletos de ardillas, el pueblo parecía un mundo aparte. Todos los días el agua caía del cielo y las nubes bajaban para cubrir todo el sitio donde reposa Tepango.

El primer día de mi estancia me dirigí al templo con una lámpara de pilas en la mano porque me envolvía una neblina pesada. No tomaba interés en las campanadas de la iglesia ni en la música —en español y totonaco— que la gente de ahí acostumbraba utilizar como despertador. Cuando llegué al atrio, una mujer joven, de veinticinco años aproximadamente, se acercó a mí y, con la mirada gacha y la voz cantarina y baja, me saludó y me pidió trabajo de lo que fuera, sólo quería ganar algo de dinero. Yo, sorprendido por su intromisión, le dije que mañana le daba una respuesta. Con un “gracias” ahogado se despidió. Para mi sorpresa —una aun mayor—, mientras se alejaba gritó hacia el bosque, pero en una lengua que yo no conocía. En poco tiempo, una risa infantil, llena de vida, alegre, lejana e inocente me confundió, una niña corría a todo lo que daba hasta llegar a la meta. Esa imagen me provocó una inquietud atemorizante, sus brazos permanecían totalmente desnudos, su pecho estaba protegido por una camiseta blanca con algunos hoyos pequeños, y sus piernas, o la mitad de ellas, tenían raspones frescos, seguramente por una caída. Vestía un pequeño short rojo, y sus pies estaban totalmente desnudos, su fragilidad no empataba con su alegría.

Me sentí indefenso. Con una de mis manos apreté la sotana y a la vez me mordí el labio. Toda aquella escena se transmitía en cámara lenta; sus pies rosaban el caer del rocío machacando el fresco verde del atrio. La niña, de nombre Antelina, era hija de Adela, la mujer que se acercó a mí por trabajo, el cual nunca me atreví a darle ya que el cura principal y la gente del pueblo siempre me susurraron al oído, como Luzbel a Dios en el momento de la

creación, que esa familia no era digna ni de mi afecto ni de mi cuidado: eran pecadores.

Físicamente, Antelina daba la impresión de que, al abrazarla, se fragmentaría fácilmente en miles de millones de trozos. Tenía la cara pecosa, el cabello castaño y rizado, y los ojos profundos, negros, quisquillosos, audaces y con un tenue brillo de felicidad. Pero también tenía como una sentencia de muerte en su cara, acumulada por todas las experiencias que vivió desde el momento en que salió del vientre de su madre.

Todos en el pueblo –y rápidamente también yo– procurábamos ignorar a la familia de Adela. Si les dirigían la palabra, lo hacían de la forma más cortante que pudieran. Adela tenía tres hijos de distintos padres y, para aquel entonces, tal cosa era mal vista: era pecado. Por eso todos los que vivían en Tepango le tenían resentimiento arraigado, era como un perro con rabia del cual todos se quieren alejar.

Únicamente Antelina y Adela vivían juntas, pues sus otros dos hijos subsistían forzosamente en el albergue cercano al preescolar de la comunidad. No podían estar juntos por la carencia de recursos en la casa de su madre, pero Antelina, por ser muy pequeña, se quedaba con su mamá.

Yo hablaba con ellos más que cualquier otra persona, pero jamás les preste verdadera ayuda. Quizá mi mayor obra de caridad fue permitir que los niños escucharan la radio, pues disfrutaban especialmente de las canciones de José José, Olivia Newton, John Travolta y Timbiriche. La primera vez que todos esos críos se reunieron alrededor de la radio fue porque escucharon un fragmento de la canción *Mi globo Azul*. Tiempo después los escucharía, sobre todo a la niña, cantar continuamente sobre el fin de las guerras, un invento para no enfermar y el amor entre todos. Pero el breve disfrute de la música les costó suplicarme al menos tres días, siempre a las tres de la tarde, para que yo aceptara dejar encendida la radio un rato mientras ellos escuchaban. Prometieron no hacer ruido y marcharse silenciosamente del cuarto, como fantasmas.

El día en que no se presentaron a lo que se había convertido ya en rutina fue cuando tuve mi primer cambio de corazón. Me preocupé y atroces imágenes del sismo me atormentaron mientras corría rumbo a la casa de Antelina. En el trayecto, tuve que detenerme: la pobre señora Adela y sus dos hijos

varones lloraban de rodillas fuera de la tienda más surtida del pueblo. Ella pedía un descuento o pagar en abonos una chamarra para resguardar del frío a Antelina, quien había caído debilitada por la gripe, obligándola a reposar.

Recuerdo que por esa temporada el médico todavía no llegaba hasta allá. Las consultas se daban una vez al mes y faltaba una semana para ello. Nadie de los que estábamos presentes intentó ayudarla, éramos meros espectadores y, aun así, creo que ninguno se sintió culpable, con excepción mía. Nos transformamos en la mismísima interpretación del enemigo de Nuestro Señor.

Creo que fui el primero en quedarse sin respiración cuando, al intentar dirigir mis ojos hacia otra parte, encontré a Antelina escondida en la esquina de una casa, mirando con recato todo el panorama. Adela se le quedó viendo, y el resto de nosotros la imitamos en perfecta sincronía. Se le notaba pálida, con poca fuerza y resistencia, pero aferrándose a su mamá, quien sujetó al instante el pequeño cuerpo, levantándolo con suma facilidad e, inmediatamente, sin mirar atrás, llevándosela mientras todos nos dispersábamos, dando por terminado el suceso.

Los niños de Adela no volvieron para escuchar la radio, aun cuando la niña ya se había recuperado y la mamá seguía buscándome para que la empleara de cocinera o ayudante de limpieza.

Un mes más tarde tuve que regresar al Distrito Federal para llevar a Tepango algunas cosas que el cura principal del templo, Ricardo Juez, me había encargado. Como una ola de calor repentina, los tonos de verde que me rodearon por tres meses se esfumaron junto con las mujeres de largas trenzas dobles, vestidas con sus faldas y blusas tradicionales y los hombres con sombrero de palma y camisa de manta. En contraste, fui sorprendido por un tiempo atroz, donde los colores y sonidos alguna vez conocidos me abrumaron.

No había cambiado mucho el desastre que quedó, pero la vida citadina caótica había regresado con más fuerza y, por primera vez, la detesté desde el fondo de mi alma. ¡Esos constantes pitidos, voces cansadas y sin un ápice de educación pueblerina me golpeaban con fuerza! Ya me había acostumbrado a las pacíficas gentes de Tepango, a sus saludos matutinos, vespertinos y

nocturnos hacia cualquiera que se encontraban –menos Adela y su familia–. Extrañaba el coro de las cigarras que cantaban sin pena todo el día, la humedad que incluso se abrazaba como a una buena amiga y todas las construcciones prístinas y nuevas del pueblo.

A mi regreso, una semana después, todo estaba tal como lo recordaba. El único cambio fueron los deslaves causados por la lluvia y los nacientes arroyos. Así como mi ausencia no afectó en nada al pueblo, los cambios políticos y económicos que se sentirían más adelante en las ciudades y pueblos más grandes no sonaron en Tepango, ni siquiera la muerte del hijo de una familia poderosa ocurrida en esos días había tenido poder para ocasionar un ritmo diferente. O eso fue lo que pensé.

Tres días después de mi arribo no escuché ningún chisme sobre Adela ni se había aparecido a saludarme o a rogar por un trabajo. Antes abundaban los soplos de viento que arrojaba la gente sobre Adela, pero ahora sólo mi retorno causó dispersión de voces. Por meses no supe nada de madre e hija, y en el albergue ya no se hospedaban los dos niños. Todo al que le preguntaba por aquella familia rechinaba los dientes y, luego, con una falsa sonrisa, cambiaban el rumbo de la conversación con tanta facilidad que mi mente llegó a imaginar mi estadía en un pueblo ilusorio, lleno de mentiras y falsas alegrías.

En 1988 Tepango se vio sacudido por la propaganda política y falsas promesas de los candidatos, como susurraba a voces la gente. Ese era el último año de gobierno de Miguel de la Madrid y el ascenso de Salinas de Gortari, quien hizo un pacto con la Iglesia. Las cosas parecían mejorar para todos y el cura, Ricardo Juez, organizó una gran pachanga con tamales de hoja de maíz y de plátano, elotes cocidos y asados, y deliciosa carne de puerco en diferentes preparaciones. Durante la fiesta, Tenorio, un joven de 20 años, dijo algo en totonaco. Yo entendí algunas palabras: “esa perra”, “niños”, “desaparición”. La gente a su alrededor secundó con entusiasmo lo que sea que estuviera diciendo y, por unos instantes, las miradas se enfocaron en mí.

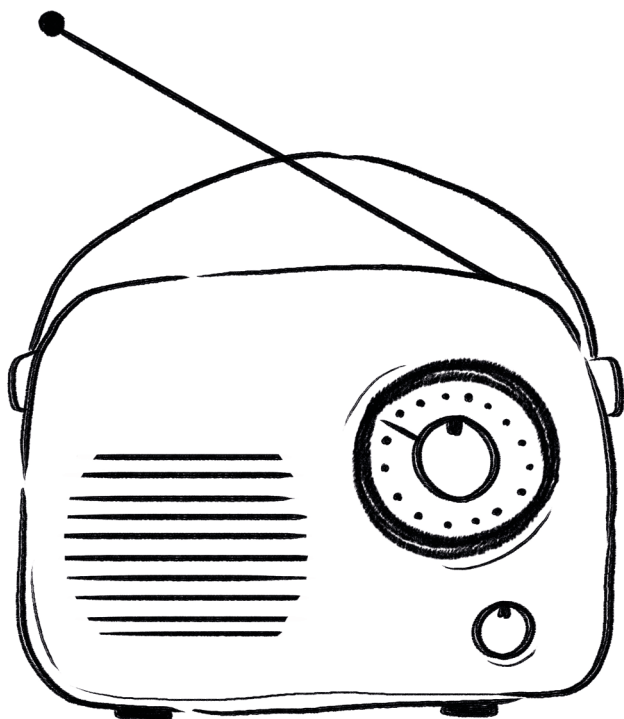
Años después me di por vencido en la búsqueda de la familia desaparecida, nunca volví a ver a Adela, a Antelina ni a sus otros hijos. La mirada, a la vez frágil y desafiante de la pequeña, me atormentaba todas las noches, y

al cabo de los años concluí que había caído en una especie de amor platónico con aquellos recuerdos entremezclados: soñaba con la muerte, la sangre, los gritos, la pureza del aire, el silencio, el correr del agua y la neblina que envolvía al pueblo; pero sobre todo soñaba con la figura pequeña, encerrada majestuosamente entre la neblina y los escombros, que me miraba sin reproche ni alegría ni tristeza, y solamente me parecía un abismo sin fondo.

Publicado originalmente en

Revista Enchiridion

núm. 6, mayo, 2016



¿Escuchas a lo lejos?

CHRYSSTIAN ARTURO CORTÉS HERRERA

¿Escuchas? ¿Escuchas eso a lo lejos?

—No, Armando; ya te dije que son puras ensoñaciones tuyas.

—¿Cómo van a ser? Se escucha clarito el murmullo.

—No se oye nada. Nomás el viento arremolinándose.

—Te digo que sí. Calla y lo escucharás.

Se hizo silencio entre los peñascos de aquella sierra, pero no se escuchaba nada, sólo la voz del viento sobre las veredas. Jacinto sacó uno de sus últimos cigarrillos de la pechera y lo encendió para fumarlo con el gusto de quien no ha respirado por estarse ahogando bajo el agua.

—Nos van a ver, apaga eso.

—Déja darme el gusto.

—Escucha, se están acercando.

—¿Quiénes, los villistas? Te digo que no se escucha naiden.

Una lechuza cruzó el cielo con su siniestro ulular.

—Ya nos cayó el mal agüero. Nos van a matar.

—Si no dejas esas ensoñaciones, te mato yo.

El silencio, de nuevo, y el viento arremolinado entre las hierbas y las rocas y la noche.

Jacinto dio otra bocanada a su cigarrillo. La llama se avivaba con el crujir del papel, con el silencio y el aire. Y de pronto una rama quebrándose, un arbusto moviéndose y Armando tomando su fusil.

—¿Escuchaste, Jacinto? ¡Ya nos encontraron por tu culpa y yo ni balas traigo! ¡Si nos agarran nos van a fusilar!

—Cállate.

Jacinto aventó su cigarrillo para empuñar su arma.

El silencio.

El hombre abrió la cámara del fusil para meter las últimas dos balas que cargaba con él. Otra vez el vacío y la oscuridad y la espera furtiva de dos animales agazapados por el miedo.

Y entre aquel frenesí, el viento, como lamento que roza la sierra y los matorrales, también ululaba.

Jacinto sentía sus brazos aguados y el fusil cada vez más pesado. De pronto se dio cuenta que ya no escuchaba más a Armando. Intentó buscar su rostro entre aquella oscuridad, pero no veía nada.

—Armando —susurró—, ¿dónde estás?

No hubo respuesta, sólo el bramido del aire que se arremolinaba entre las piedras.

—¡¿Armando?!—

De pronto, le pareció escuchar un jadeo como de animal acechándolo, cada vez más y más cerquita. Se le descoyuntaba el cuerpo y el fusil era más pesado.

—¿Armando? —murmuró—, ¡Armando, no estoy para tus bromas! ¡Si te encuentro, te juro que te mato!

Jacinto intentó buscar a tientas el rostro del otro hasta que encontró algo, y ese algo no parecía humano, era una masa viscosa que se escurría entre sus dedos, como si de pronto el lodo de la tierra hubiera cobrado vida y buscara su calor. Por primera vez, la sangre le huía, mientras él se quedaba ahí con los músculos ateridos.

Y el silencio acompañado del viento arremolinándose entre las rocas amplificaba el jadeo posado cada vez más cerquita del petrificado Jacinto. Entre la oscuridad, con los ojos llenos de lágrimas, el hombre encontró esa forma sin forma, no era ni villista ni carrancista, sino más bien lodo de aquella tierra que buscaba lo suyo.

Esa forma abrió lo que parecía ser una boca gigantesca y, entre el silencio y el viento, el grito de Jacinto se confundió con el aire arremolinándose entre las rocas y las ramas de la sierra.

Después no hubo nada, sólo silencio.



Publicado originalmente en
Revista Enchiridion
núm. 16, julio – septiembre, 2021

La reina de belleza

ANDREA PEREIRA
MAESTRÍA EN PERIODISMO Y LOCUCIÓN
ESCUELA NACIONAL DE DECLAMACIÓN

Amparo, con la respiración entrecortada, se mira al espejo. Con ambas manos levanta la piel a los costados de sus ojos y abre un poco la boca. Se mira de perfil y luego, por segunda vez, de frente. Baja las manos, se toma ambos pechos y los levanta, luego deja caer sus brazos a los lados y comienza a llorar.

Hace treinta años, poco después de cumplir los veinte, Amparo ganaba un certamen donde la coronaban como la reina de belleza. Sus hermanas y amigas la miraban con una sonrisa forzada mientras aplaudían. Su mamá se paraba a gritar que su niña era la más hermosa.

Rechazó cientos de pretendientes. Los hombres le escribían cartas y poemas, le dejaban flores, joyas y perfumes, le prometían todo lo que ella podría imaginar y más. Pero para ella, ninguno era suficiente.

Se pasaba horas probando diferentes ropas, maquillajes y peinados. Sus cuatro hermanas fueron dejando la casa una por una, nacieron sus sobrinos, envejecieron sus padres y ella seguía sintiéndose la reina de belleza. Su primer choque fue cuando cumplió cuarenta y un años, probándose un antiguo vestido notó que de atrás no se le veía como antes. Decidió visitar a un cirujano, y ese fue el inicio de un viaje sin retorno.

Primero electrodos, luego bótox, liposucciones, pestañas postizas, cremas mágicas, ropas que ajustaban de un lado y levantaban otro... pero la edad la iba atropellando como si fuera un coche sin conductor, y la estaba azotando contra la pared más dura del mundo. Ya no quedaba nada de aquella reina de belleza, ni siquiera la forma de su nariz, ni su piel ni su cabello.

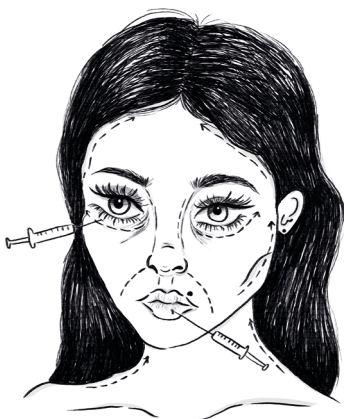
Cuando sus padres murieron, siguió viviendo de las rentas que ellos le dejaron y contrató dos mucamas para que la ayudaran. Eran las únicas que veían a Amparo, ya que no salía a la calle ni para ver a sus hermanas o sobrinos.

Una cirugía nueva, un nuevo desastre y otra desilusión; y el tiempo seguía, y seguía, y seguía. Hasta que leyó sobre una antigua condesa que tenía la fórmula para la eterna juventud. Eso era todo lo que necesitaba, pero tenía miedo de hacerlo. Sus arrugadas manos temblaban de pensarlo, pero toda su fe se encontraba puesta en esa historia.

Espéro a que una de sus dos mucamas dejara la casa y le pidió a la más joven que le trajera un té antes de irse. La chica lo hizo y, cuando estaba por retirarse, Amparo sacó unas tijeras del cajón, se lanzó sobre la espalda de la chica, la apuñaló varias veces y, temblando, recogió en un bote la sangre. Con una brocha comenzó a pintarse la cara; se la limpiaba y al vérsela igual, volvía a desangrar a la joven para empaparse de rojo.

A la mañana siguiente la otra mucama entró con el desayuno, gritó y dejó caer todo lo que contenía la bandeja. No sólo encontró a su compañera muerta, sino también a su patrona bañada en sangre sentada frente al espejo, tomándose el rostro entre las manos, sollozando. La mucama corrió hacia la calle pidiendo ayuda a gritos. Amparo se levantó y caminó lentamente hacia el portón de su casa. La miró huir, mientras se acariciaba suavemente las mejillas ensangrentadas y susurraba:

—Quizá no funciona con una sola.



Publicado originalmente en

Revista Enchiridion

núm. 10, julio – diciembre, 2020

Los perros de Azarod

ABIÉL JIMÉNEZ DELGADO
LICENCIATURA EN COMUNICACIÓN Y PERIODISMO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

A las afueras de la ciudad de Azarod, en la región fronteriza de Purenos, hay una leve depresión del terreno, seca en extremo y con arena negra, única de su tipo en todo el país. Este páramo –que abarca alrededor de dos estadios– está repleto de cadáveres colgantes de cientos de perros, ahorcados por grandes cuerdas sujetas a enormes postes de madera clavados al suelo. Los pobladores evitan a toda costa acercarse a este lugar; los viajeros son advertidos de pasar de largo y buscar refugio bajo los muros de otro espacio.

Muchos años antes de que apareciera el viejo y misterioso brujo Hombre Gris, Azarod sufrió una tremenda peste que causó una mortandad terrible, tanto es así que diezmó hasta la casta gobernante y la ciudad estuvo a punto de desaparecer. Los pobladores fallecieron a millares. Hubo gran hambruna por la escasez de ganado y se abandonaron los sembradíos. Solamente sobrevivió un puñado de habitantes; se habló en secreto de canibalismo, incesto y otras depravaciones. En realidad, los remanentes se aferraron a su existencia alimentándose de carne de perro, el único animal que subsistió.

La recuperación fue lenta y oscura, y durante mucho tiempo se contaron toda clase de historias sobre aquella ciudad maldita por los Supremos, porque, ¿qué otra cosa sino un castigo divino fue lo que cayó sobre los miles de azaroditas a consecuencia de haber cometido alguna barbaridad imperdonable en el pasado? Los que llegaron a aventurarse a pasar por el camino de Lotrús decían que La Costra –como la llamaban– era una cloaca llena de vagabundos infrahumanos que se aferraban a vivir entre inmundicias... una ciudad de espectros vivientes.

Para cuando el Hombre Gris llegó a las puertas de Azarod, ya se había olvidado —por costumbre y por fuerza— de ese turbio recuerdo de andar como bestias y de dormir entre la cólera, pero aún persistía el eco del horror de la peste.

Fue una tarde crepuscular cuando el Hombre Gris cruzó el semiderruido umbral principal. Parecía un viejo con ropajes de viajero, harapos raídos por la violencia del Desierto del Norte. Tenía una larga cabellera plateada y un rostro de piedra, esculpido por el ardiente sol de Ürus. Quienes lo conocieron rumoraban que, en su juventud, se ganaba la vida aconsejando a reyes a ir a la guerra y vendiendo maleficios antiguos en una lengua arcaica. Sin dinero ni alojamiento, el Hombre Gris se dedicó a vagar por las calles y buscar comida entre los despojos. Se había instalado en la parte baja de Azarod junto a los habitantes que vivían de la basura, apelmazados en residencias hechas de excremento y adobe; seres sin oficio ni destino, vomitados todos a su suerte en la mayor miseria.

Adentrándose en la ciudad, observó la muralla que dividía Azarod en dos. Pasando aquel muro interior se encontraban las parcelas de los nobles en las que disfrutaban de una acomodada riqueza, con sus soldados y sus guardias. En lo más alto de la clase favorecida, en la vieja colina, parasitaba en su castillo el enésimo hijo del Rey Bastardo, impío señor que no cesaba de engordar de impuestos.

Tocó la imponente y gigantesca puerta de roble revestida de hierro viejo, guarecida por unos pocos vigilantes en lo alto dispuestos a quitar la vida de quien osase penetrar la entrada o escalar la pared. Por única respuesta, el Hombre Gris recibió negativas y amenazas.

Resignado, luego de siete lunas sin probar ni siquiera un bocado de bazofia, el extranjero se aproximó a la plaza principal de la parte baja de la ciudad, en donde vio acercarse a una pequeña multitud que cantaba a coro una melodía rasposa llena de quejidos guturales. En el centro del gentío había una mujer con el rostro caído cargando a un niño pequeño en brazos, envuelto en una manta, para depositarlo en la oscura Boca Interior.

Al ver la tristeza de la madre a punto de lanzar a su vástago en aquella fosa negra sin fondo preparada para los muertos, el hombre se acercó a la

muchedumbre y pidió ver al difunto. Le tocó la cabeza, revisó los ojos inertes, metió sus dedos en las orejas y apretó la planta del pie hasta calentarla, pero ninguna de estas cosas de curadores hizo reaccionar al muchacho. Entonces le tomó de las sienes y comenzó a pronunciar palabras ininteligibles, entrecorridas. Sus ojos se echaron hacia atrás y sus manos se volvieron huesudas. Y entonces el infante comenzó a moverse por sí solo con sacudidas violentas y, poco a poco, recobró el espíritu.

La algarabía de la masa se convirtió en euforia colectiva. Tomaron al Hombre Gris y lo ensalzaron, lo llevaron en hombros hasta el mejor comedor del lugar. Le vistieron de ropas nuevas y coloridas, cantaron su proeza en los santuarios, lo llevaron a que disfrutara de los mejores burdeles a los que se podía acceder en esa miseria y proclamaron que había llegado a Azarod un nuevo Místico de Luz.

Pero luego de dos días, la madre del niño entró en la Sala Superior del Santuario para acusar al extranjero de propagar la peste: los ojos negros, la piel oscurecida, los violentos movimientos de cuerpo y el incesante vómito verde oscuro que padeció el niño durante la noche le hicieron creer la existencia de síntomas de la Gran Mortandad.

Sorprendieron al anciano mientras follaba con una de las prostitutas más ricas de la ciudad y los guardias lo llevaron apresado a las mazmorras de la prisión, no sin antes amordazarlo para que no conjurara sus hechicerías. Los azotadores lo encadenaron a grilletes de hierro, le quitaron una a una las uñas con pinzas calientes, le sumieron con saña la cabeza en agua, lo colgaron de los pulgares hasta que se le quebraron, le obligaron a sentarse sobre brasas ardientes, le privaron del sueño durante días y, finalmente, terminaron apuñalándolo con dagas venenosas. Al arrojar aquel saco de huesos en la celda más subterránea y hedionda, nadie se percató de la mirada sanguinolenta que asomó entre las sombras.

Aquella noche los habitantes se reunieron en la Gran Plaza —con autorización del rey— para celebrar la destrucción del brujo y evitar el regreso de la peste. En medio de la danza y la música, de la embriaguez y las orgías públicas, pasó de forma imperceptible un chirrido emanado de las cloacas

que inundó las calles, los túneles, las casas, las puertas, los callejones, los santuarios, las plazas y los puentes.

Los azaroditas no se percataron de la destrucción que se acercaba a toda velocidad, como el pez que no se da cuenta de las garras del ave de presa: lo último que vieron antes de la masacre fue una inmensa jauría de perros enloquecidos corriendo hacia ellos.

Bajo el ataque de los canes salvajes, la parte baja de la ciudad se convirtió en un pandemónium de gritos, aullidos y sangre; los animales –poseídos por una rabia sobrenatural– se abalanzaron con ferocidad inaudita sobre cualquier cosa en movimiento; entraron a las casas para destrozar a niños y bebés, devoraron mujeres y hombres y despedazaron ancianos y jóvenes sin discriminar, como si hubieran acumulado siglos de resentimiento hacia sus amos.

Y luego de dos días, la ira cesó. Un destacamento de soldados salió por la gran puerta de roble para recorrer las calles de los desdichados, y lo que encontraron fue una visión semejante a la del Inframundo: montones de restos humanos destazados y sangrantes diseminados por todos lados, una fetidez aérea que hacía enfermar, miles de cadáveres despedazados a lo largo de las avenidas, acompañados de charcos inmundos de sangre y vísceras. Y, sin embargo, los perros estaban en perfecta paz, saboreando con tranquilidad la carne azarodita.

Un terror y un asco indescriptibles se apoderaron de los soldados, quienes, llevados por el miedo a sufrir aquel horrible destino, arremetieron con odio exterminador contra los animales hasta matar o capturar hasta el último de ellos. Los persiguieron y cazaron sin descanso para practicar una crueldad nunca antes vista. Centenares de perros fueron descuartizados, quemados vivos, desollados y degollados, todo para purificar cualquier rastro de la Maldición. Los que quedaron fueron colgados por el cuello en postes de madera en una depresión del terreno a las afueras de la ciudad. En canciones, los viajeros cuentan que los que participaron en aquella jornada de matanza se suicidaron o se sacaron los ojos al no poder dormir nunca más y caer en la locura.

Semanas después, cuando los soldados del rey inspeccionaban las mazmorras, descubrieron vacío el calabozo más profundo, aquel lugar infecto en el que debía reposar el cadáver del Hombre Gris. En su lugar, sólo encontraron ropajes perfectamente acomodados en un rincón y, en el piso de la prisión, un signo extraño raspado en la piedra: un espiral cruzado por una línea y, a su lado, una sola palabra: CASTIGO.

Publicado originalmente en

Revista Enchiridion

núm. 6, mayo, 2016



Sangre y arena

IVÁN MEDINA CASTRO
FACULTAD DE LENGUAS Y LETRAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

*—Bébela. Te hará bien —y luego se puso a hablar
de su vida en los toros; del terrible mal que las
mujeres causan a los toreros (...)*

LUIS SPOTA

*¡Que no quiero verla! Dile a la luna que venga,
que no quiero ver la sangre de Ignacio sobre la arena.*

FEDERICO GARCÍA LORCA

A María de Montserrat González López Elizalde

Silverio soportaba la existencia errabunda, sin asidero. Desde el día en que su mujer actuó indiferente, hasta una semana enseguida del abandono, Silverio vivió en una especie de aturdimiento. Sus pensamientos se habían detenido; su sensibilidad se embotó. Sin embargo, su maestría dentro del ruedo era gloriosa. Y, aun así, tras laureadas corridas, no lograba llenar el vacío de su alma. Durante los meses siguientes, ni por un instante se le ocurrió reflexionar que el rencor anidado en su interior podría decidir sobre su destino.

La temporada grande había iniciado y del cartel, Silverio era el de mayor ovación. Los subalternos abrieron el coso y después de la efervescencia en el tendido, Silverio, pavoneándose con su traje de luces, de hilos de seda blanca y oro, con un rico capote bordado sobre el hombro izquierdo y la montera bien metida hasta las cejas, salió de la puerta grande al redondel. Mientras avanzaba con lentitud armoniosa a modo de una sombra cálida, hacía de ello algo tan homogéneo en sus formas como uniforme era la palpitante multitud llena de color. El toro, por su parte, avanzaba a través del túnel con rapidez y furia dentro del toril.

Al alcanzar con elegancia el centro de los medios, Silverio hincó las dos rodillas en espera de la bestia, y al abrirse de par en par las puertas del toril, hollando como meteoros la superficie lunar, en estampida se presentó una espléndida criatura color de la noche, a cuya vista Silverio no pudo contener una exclamación de sorpresa admiración. Era un toro, “Buenasuerte” de nombre, cornalón de no muy alta estatura, aunque de andar flexible y

elegante, de un trapío modelado con soberbia. Silverio se sintió conmovido hasta lo más profundo de su ser, tanto así que por única vez osó cuestionar el oficio. Obligado a dominar las impresiones, en una oscilación emotiva del capote ajeno a sentimientos personales, hizo revolotear una nube de polvo en torno al hombre y al animal, que en apariencia representaban una unión entre ambos combatientes, igual a cuando Hércules capturó al uro de Creta. En cierto momento, Silverio quedó impresionado por los penetrantes ojos oscuros del toro zaino, emanaciones de recuerdos de Monserrat que lo detuvieron y azoraron. Observó conteniendo el aliento, temeroso de romper el encanto, semejante al instante en que él la conoció. No obstante, de inmediato se presentó la cavilación: Silverio deseaba terminar con lo que ella representaba.

En momentos parecía que todo daba vueltas y él sentía blandir el percal en comparsa con el viento: media verónica, una chicuelina y dos naturales, para luego rematar con un pase de derechazo. En el tendido la afición enloquecía y aclamaba a su héroe: ¡Ooooleeeé, matador! ¡Ooooleeeé, figura! ¡Ooooleeeé, matador!...

El torero estaba listo para concluir la faena y acabar de una vez por todas con el recuerdo de ella. Silverio, en pose erguida, observó severo a su contrincante y miró la sangre granate correr por el lomo aterciopelado del animal, similar a un caudal de vino tinto sedimentando la arena dorada del albero; pero él no se inmutó. Entre tanto, aquilones floridos esparcían perfumes sobre las huyentes nubes. Silverio, estoque en mano, se preparaba para acometer la suerte suprema y dar muestra de su habilidad y arte. Empero, se detuvo. Sombreros al aire, pañuelos, botas de vino y ramos atiborraban tablas y tercios, pues la multitud anticipaba la excepcional hazaña que el artista lograría.

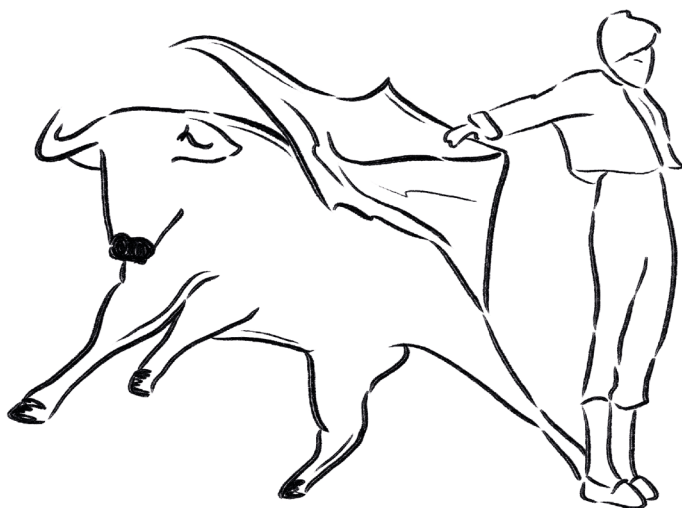
Silverio, altivo y con los brazos levantados, montera en mano, volteó al tendido orgulloso de la lidia. Cautó con ello, en un sector de la contrabarrera encontró a Monserrat arremolinada con su amante. Su vista se ofuscó y sus oídos lapidaron cualquier aviso de los clarineros y timbaleros anunciando el último tercio. Silverio se desconcertó; a pesar de ello, su estupefacción no duró, pues al escuchar el bufido del burel se dio cuenta de las circunstan-

cias: no sólo había perdido a su mujer, sino que también había empeñado su libertad. No obstante, el gran Silverio, señor de las plazas, sin apartar su vista de la de Monserrat (de quien pudo percibir una expresión de desdén), empuñó muleta y estoque con arrojo mientras sus pensamientos lo distraían. El bovino de casta ibérica rascó la arena, y a galope con bravura, forzó la embestida con sus cuartos traseros y, de un derrotero, le clavó a Silverio el pitón derecho en el corazón.

Publicado originalmente en

Revista Enchiridion

núm. 13, enero – junio, 2020



Cómo despedir a los invasores

EDUARDO OMAR HONEY ESCANDÓN
FUNDACIÓN ARTURO ROSENBLUETH

Gioconda detesta encontrar insectos en las paredes o el suelo de su casa; más si son de color marrón, de forma ovalada, con tres pares de patas, largas antenas y corren más rápido que Messi en sus días de gloria. Claramente, el que está frente a ella, con esas bandas amarillas a los costados superiores del ala, es un típico ejemplar de *Blattella germanica*, la cucaracha alemana. ¡Claro, tenía que ser! Cucarachas internacionales que viajan con los inmigrantes que deberían quedarse en sus países.

Además, es una hembra. La descarada arrastra esa cola larga que son los huevecillos a punto de desprenderse, pronta a dejar su descendencia invasora. “Ooteca”, se dice a sí misma Gioconda orgullosa de los años que se ha dedicado a estudiar plagas caseras tanto insectiles como humanas. Gracias a su madre aprendió la máxima de “conoce a tu enemigo”, que tiene varios corolarios.

Se concentra en mirar esas manchas negras que el insecto hace pasar por ojos. La enemiga rastrera mueve inquieta las antenas, buscando detectar la amenaza que hizo vibrar el suelo. Gioconda sabe que son la perfección del diablo en capacidad sensorial. Por lo tanto, ejecuta la técnica que el yogui le enseñó para respirar apenas y practica deslizarse sobre el suelo sin causar vibraciones, tal como aprendió en una novela sobre gigantescos gusanos enterrados en la arena.

A escaso metro y medio está su dispositivo por excelencia: un atrapainsectos orgánicamente certificado. Aunque odia a todo invasor, Gioconda es hija del siglo XXI y, dado que el antropoceno afecta con dureza al mundo,

procura cuidar el ambiente: recicla, hace durar la ropa y preserva los ecosistemas del planeta. “Al invasor se le trata con humildad y humanidad, por lo que serás regresado a tu hogar”, su corolario, la ley vital que comulga con su vida en balance.

Toma el dispositivo que le compró a True New Peacegreen. En un gesto practicado en innumerables noches y capturas, presiona el costado y la lámina inferior se desliza en un susurro. La cucaracha percibe el sonido y mueve más las antenas, determinando una ruta de escape. Incluso, dubitativa, alza una pata delantera y la de en medio del otro lado. En el curso de la mecánica de movilidad de los artrópodos, Gioconda se especializó en las señales que indican si las cucarachas avanzarán lento o rápido, así que prefiere acelerar el encuentro y aumentar la posibilidad de que la atrape aquí y ahora. La semana pasada había entrado una *Blatta orientalis* ya en proceso de mutación. Según aprendió, aquel ejemplar debería planear desde cualquier altura, pero no, la Madre Tierra (a pesar de los rezos y plegarias junto con las ofrendas que renueva cada semana) le envió una que podía volar. Fue el anuncio de que una familia de chinos se había mudado al piso de abajo. Tardó media noche en cazarla; logró apresarla en el atrapainsectos cuando la invasora se posó en una pared de la cocina. Con los pocos detergentes y sustancias que apenas le quedaban, empleó la otra mitad de la noche en limpiar y desinfectar todos los lugares que el bicho hubiera tocado durante la trifulca.

Sin embargo, esta no se ve tan avispada. Es parecida en comportamiento a la anciana que vive en el piso de arriba y que vino al país luego de la caída del muro de Berlín. Alemanas las dos, tenían que ser; piensa Gioconda con disgusto.

Se decide y, con la práctica de danza *kawaii* más entrenamiento militar, se lanza al suelo, pone el atrapainsectos encima de la cucaracha y rueda para frenar el impulso. Con gusto observa que el insecto, despavorido, corre dentro de su prisión. Inicia el paso siguiente: escribe una carta al gobierno de Alemania reclamando que respete la soberanía nacional y mejore sus condiciones locales para evitar que ciudadanos insectiles sigan llegando a hacer tropelías. Dobla la hoja, la mete en el sobre y con rápidos gestos abre la trampa, arroja al insecto al interior y sella la solapa.

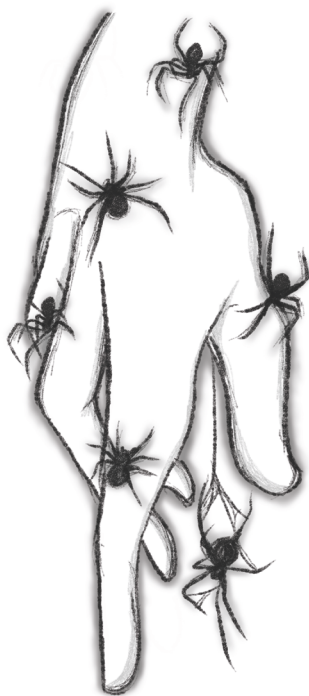
Abre el cajón donde guarda las estampillas y selecciona aquellas que cubren el importe suficiente para el envío postal. Maldice al darse cuenta de que se quedará sin fondos. Deja el sobre para ir a preparar la cena. Entonces descubre encima de la hornilla dos *Supella longipalpa*, la cucaracha café que nunca ha logrado descifrar a dónde devolver. Según su lista, este mes debería ser a Sri Lanka, como la nación receptora potencial. Retrocede por el atrapainsectos y descubre que en el suelo la ooteca expulsa a cuarenta bebés que corren por todos lados.

Sí, cada vez se está poniendo peor con la llegada de más vecinos y bichos. Mientras se lanza a la acción, se propone renovar la hipoteca. Así tendrá dinero suficiente para la montaña de estampillas que necesitará cuando devuelva a la familia de abajo.

Publicado originalmente en

Revista Enchiridion

núm. 20, enero – junio, 2024



Ese monas nuevo
RUBÉN CANTOR
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

Ese monas es nuevo aquí. El anterior ni siquiera se despidió. Creo que lo extraño. Era particularmente ordenado, sus bolsas combinaban con su cobija y su cabello nunca perdía su forma natural.

Una vez entablé conversación con él. Iba pasando y me arrebató el libro que estaba leyendo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Un libro sobre Lucio Cabañas.

—Tú, muy bien —y me lo regresó.

Me agradaba.

Ese monas nuevo es diferente a todos los que lo precedieron. Tiene una manía por saludar a las doñitas, se nota que las estima. En cambio, los perros le aterran, se enloquece y se echa a correr. Los perros no lo persiguen, sólo lo ven huir.

Ese monas nuevo acude una vez a la semana a la iglesia a tirarse al suelo.

—Vamos a ver a la virgencita —me invita.

—Hoy no, gracias —le respondo.

—Cada quien, cada quien —me dice.

En cuanto entra en la iglesia inicia una letanía en un idioma extraño. Luego se lanza de bruces y a rastras llega a los pies de una virgencita que viste de negro. Las doñitas disfrutan su presencia, continúan impávidas con sus rezos en latín.

Ese monas nuevo no tiene amigos. Una mañana lo vi arreglado y no iba a ver a la virgencita. Un carro negro llegó por él y se fue. Regresó a la semana. Al día siguiente vistió su ropa habitual.

Un día creí verlo morir. Un camión lo atropelló. Huía de unos perros y no se fijó en la avenida. El cuerpo antes inerte se reanimó al escuchar la ambulancia. Se puso de pie y se fue a ver a la virgencita.

Otro día también lo creí ver morir. Se peleó con un cholo que blasfemó a la virgencita. El filero le desgarró las tripas. Volvió a postrarse ante la virgencita pasada la trifulca. La sangre del monas aún se puede oler en la iglesia.

El monas nuevo hoy me quitó el libro que iba leyendo.

—¿Qué es esto? —repitió las palabras del monas anterior.

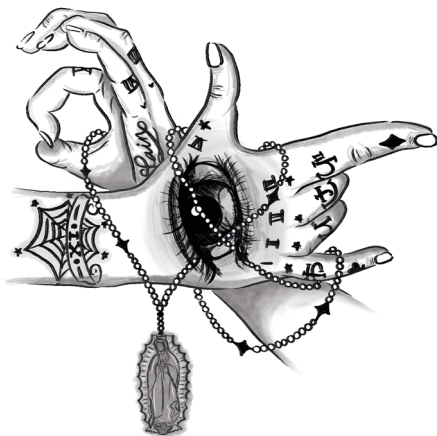
—Un libro sobre la vida de Rubén Jaramillo.

—Tú, muy bien —y me lo regresó—. Vamos a ver a la virgencita.

—Bueno —le contesté.

Las doñitas nos saludaron al entrar en la iglesia. No sé por qué me tiré al suelo con él. Yo no hago esas cosas. Repetí sus letanías en un idioma extraño. Se despidió de mí al terminar el culto. Un carro negro pasó por él y se subió.

Ese monas nuevo no volverá. Estoy seguro. Mientras lo vi alejarse, asomado por la ventana del carro, sentí una sensación desagradable en mi estómago. También miedo. Volteé. Era un perro.



Publicado originalmente en

Revista Enchiridion

núm. 11, enero – junio, 2019



Semblanza de autores

Susana Malagón (1996, Santiago de Querétaro)

Egresada de la licenciatura en Estudios literarios por parte de la Universidad Autónoma de Querétaro. Cuentista y ensayista. Actualmente se encuentra trabajando en proyectos relacionados con la ecocrítica, el terror social y la reescritura de mitos bíblicos. Ganadora del primer lugar en el concurso de cuento Ignacio Padilla, edición 2025.

Ana Laura Bravo (1996, Ciudad de México)

Colabora con reseñas literarias para la revista *Periódico Poético*. Escribe cuentos, ensayos y poemas secretos. Docente de medio tiempo y lectora de tiempo completo. *El cuento de esta antología lo edité con ayuda de mi amiga Marlene y mi familia chilena.*

Guillermo Preciado (1990, Guadalajara)

Psicoanalista y docente universitario. Cuenta con poemas dispersos y cuentos diseminados en antologías y revistas digitales. Escritor ocasional y lector perpetuo.

Christian Neftaly Piedra Berchelt (1998, Quintana Roo)

Sus estudios universitarios se han enfocado en la literatura fantástica y comparada. Sus trabajos creativos han sido publicados en blogs y revistas como *Universo de Letras*, *Espejo Humeante* y *Penumbria*. Ganador del primer lugar en el Certamen de Crónica Joven 2025 “Miradas intergeneracionales”.

Bruno Mureddu (1998, Hidalgo)

Licenciado en Estudios Literarios por la Universidad Autónoma de Querétaro. Actualmente es editor de libros y de la revista *HArtes* en la Facultad de Artes de la misma universidad. Escribe principalmente cuentos.

Francisco Hipólito Estrada (1985, Ciudad de México)

Más de treinta años radicando en Querétaro. Egresado de la Licenciatura en Historia y Maestría en Estudios Históricos de la Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Querétaro. Sus intereses y estudios se centran en las insurrecciones, la contracultura y la narrativa de horror. Publicó el libro *Porfirio Rubio Rubio, un líder revolucionario de la Sierra Gorda (1910-1951)*. (UAQ, 2017).

Alba María González Leal (1994, Santiago de Querétaro)

Estudió Historia y Restauración de Bienes Muebles en la Universidad Autónoma de Querétaro. Ha trabajado desde 2018 en conservación-restauración, tanto en labores técnicas como en la elaboración de informes. Actualmente, se desempeña como docente de licenciatura en su alma mater.

Chrysthian Arturo Cortés Herrera (1989, Santiago de Querétaro)

Cinefotógrafo y escritor. Desarrolla y explora proyectos entre la literatura y el arte visual.

Andrea Pereira (1983, Montevideo, Uruguay)

Perteneció al taller literario de *María de la Cuadra*, 2016. Egresó de la carrera de Periodismo y Locución. Sus cuentos han sido seleccionados por revistas literarias o galardonados en concursos. Sus obras han sido publicadas en México, Perú, Chile, Argentina, Alemania, Colombia, España, Ecuador, Estados Unidos y Uruguay. Blog: <https://lolitadejunio.wixsite.com/misitio>

Abiel “Levi” Jiménez Delgado (1988, Santiago de Querétaro)

Licenciado en Comunicación y Periodismo. Coordinador de Divulgación Científica en la Universidad Autónoma de Querétaro. Autor del libro

La Danza Vémica (2022). Reportero, fotógrafo y videógrafo. Trepa cerros, canta, toca la guitarra y habla italiano.

Iván Medina Castro (1974, Ciudad de México)

Tiene cinco libros publicados: *En cualquier lugar fuera de este mundo*, *Más frío que la muerte*, *Lugares ajenos*, *Caminos irreverentes* y *La hija del gallero*. Ha obtenido en dos ocasiones la beca de Residencias Artísticas por parte del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, FONCA.

Eduardo Omar Honey Escandón (1969, Ciudad de México)

Autor de cinco libros de cuentos. Textos suyos han ganado premios o fueron finalistas. Participa en múltiples antologías. Colabora con *Soconusco Emergente*. Cursa la Licenciatura en Escritura y Crítica Literaria del Centro Morelense de las Artes.

Rubén Cantor (1987, Ciudad de México)

Estudió periodismo y literatura en la Universidad Autónoma de Querétaro. Ha publicado los libros *Kafkacóatl* (Herring Publishers, 2016), *El mal burgués* (Montea, 2018/Sindicato Sentimental, 2024), *Régules* (Escafandra, 2019), *Norcorea* (Sindicato Sentimental, 2021), *Gala Tasaray* (Palíndroma, 2024) y *Soy sauce* (Cubierta Profunda, 2025). Ha sido beneficiario del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico, PECDA (categoría de novela) en dos ocasiones. Actualmente trabaja como bibliotecario.

Montserrat Alvarado Hernández / Ilustraciones **(2001, Santiago de Querétaro)**

Licenciada en Diseño y Comunicación Visual por la Facultad de Artes de la Universidad Autónoma de Querétaro. Ilustradora y amante de la música. Parte del cuerpo creativo de la *Revista Enchiridion*

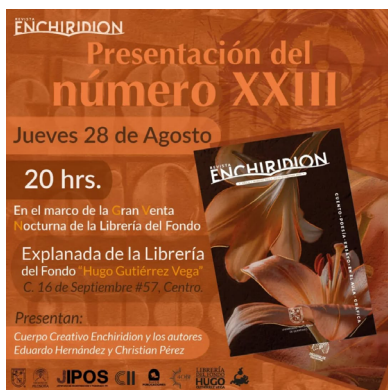
Línea evolutiva de Revista Enchiridion y algunos otros momentos importantes...



Portada del número I publicado en 2012.



Preparativos para el lanzamiento del número IV, 2015.



Cartel de presentación para el número XXIII en la Gran Venta Nocturna de la Librería del Fondo Hugo Gutiérrez Vega, 2025.



Número XXI en el cual la revista tendría su segundo cambio de identidad gráfica en 2024.



Portada del número x
publicado en 2018, en la cual se
realizaron los primeros cambios
en identidad gráfica.



Cartel de presentación para el número XIV llevada a cabo de manera virtual por la contingencia por el COVID-19.



Presentación de los números
XVIII y XIX, 2023.



Cartel de presentación para el
número XVI y XVII, 2022.

Manifiesto Enchiridion

01.

Y cuando abrió el ojo, la Revista Enchiridion
todavía estaba allí.

02.

Nunca indiferencia hacia la diferencia: somos suma, jamás resta.

03.

Nuestra identidad avanza como bolsa de canicas
que se tira: en múltiples direcciones, pero siempre
desde un mismo punto.

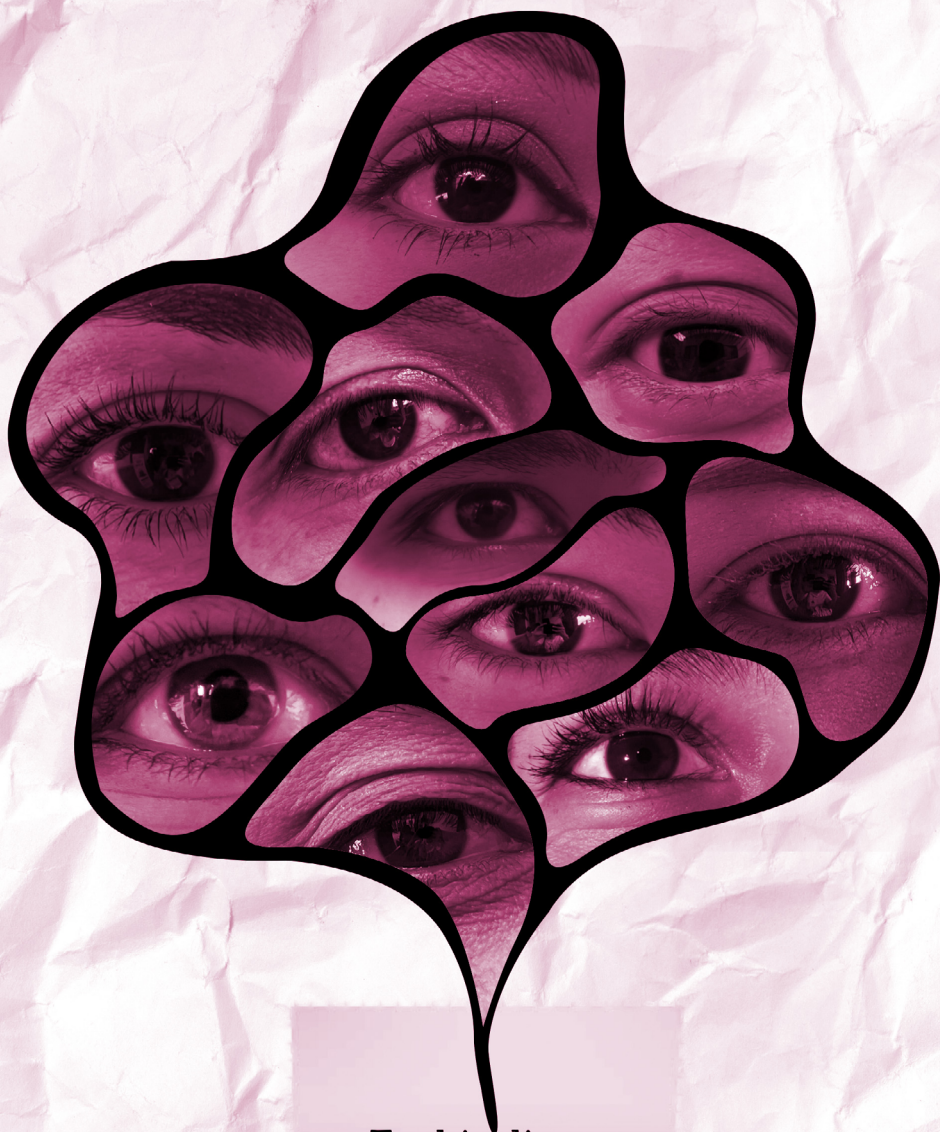
04.

Algo similar ocurre con las ideas; palabras, trazos
o texturas pueden conjuntarse para que alguien diga
lo que ya pensaste. Todo está en todas las cosas.

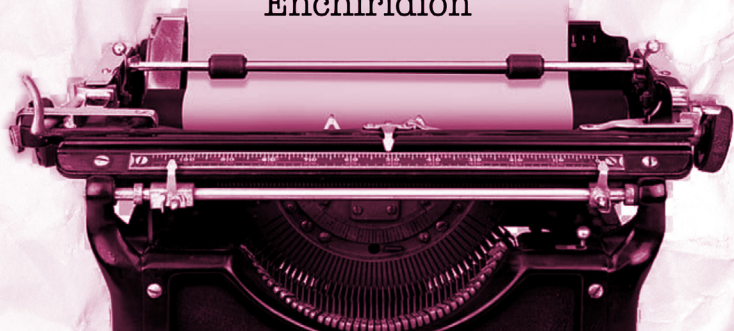
05.

El ojo se acostumbra a la línea del horizonte y comprende que
el destino y el punto de partida representan un solo sitio al cual
queremos llegar.





Enchiridion



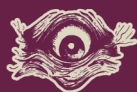
La presente edición de
Doce años observando.
Antología de Revista Enchiridión
fue maquetada por el equipo
del Enlace de Publicaciones de la Facultad de Filosofía
de la Universidad Autónoma de Querétaro.
El diseño editorial estuvo a cargo de Elsa Denisse Hernández Díaz.
El cuidado de la edición estuvo a cargo de Emiliano Uribe Aguilar.
Se publicó en marzo del 2026,
en Santiago de Querétaro, México.

La palabra *enchiridion* se puede traducir como “manual de consulta” o “libro de bolsillo”, usados en la antigüedad para la divulgación del conocimiento pues contenían información relevante sobre algún tema en específico. Entonces, tenemos en las manos una muestra, una especie de manual de consulta de la literatura que se ha gestado en la Facultad de Filosofía y otras facultades de la UAQ y que ha encontrado espacios en la *Revista Enchiridion*.

12 años observando es una selección de cuentos escritos entre el fragor de la vida estudiantil y que con el paso de los años se sostienen independientemente de si su autor o autora continuó el camino literario; sin embargo, sí encontramos nombres que son reconocidos actualmente por haber sido premiados, publicados y/o seleccionados en convocatorias locales y nacionales.

Por su parte, en la UAQ la revista se ha apuntalado como la única hecha por estudiantes, pertenecientes a los programas de estudio de la Facultad de Filosofía, y de poco a más ha dado espacio a autores de otras casas de estudio para divulgar el trabajo literario de distintas comunidades creativas, sumando 23 números semestrales ininterrumpidos.

Los textos aquí reunidos ofrecen una mirada panorámica de los sentires que convergen y caracterizan a cada generación, sus temáticas, posturas y preocupaciones. Esta publicación es en agradecimiento a los lectores que en estos 12 años nos han seguido insistiendo y persistiendo en la vigencia de lo impreso. Y a los colaboradores que han dado sus primeros pasos en el mundo de la edición en esta revista, gracias.



Revista Enchiridion



FACULTAD DE
FILOSOFÍA